Nuestras propias historias

# Realismo social

# I









# Realismo social

# I

**PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**
Lenín Moreno Garcés

**MINISTRO DE EDUCACIÓN**
Milton Luna Tamayo

**VICEMINISTRO DE EDUCACIÓN**
Alfredo Astorga Bastidas

**VICEMINISTRO DE GESTIÓN EDUCATIVA**
Francisco Cevallos Tejada

**SUBSECRETARIO PARA LA INNOVACIÓN EDUCATIVA Y EL BUEN VIVIR**
Diego Paz Enríquez

**DIRECTORA NACIONAL DE MEJORAMIENTO PEDAGÓGICO (E)**
Laura Barba Miranda

**EQUIPO TÉCNICO**
**Coordinación editorial:** Verónica Vacas Andrade
**Consejo editorial:** Javier Calvopina Loaiza, Javier Saravia Tapia

**EDICIÓN, ILUSTRACIÓN, DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**
Medios Públicos - EP

**IMPRESIÓN**
Medios Públicos - EP

**ISBN:** 978 9942 22 361 6



**Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito, Ecuador**

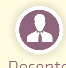
**www.educacion.gob.ec**



## Simbología

Categoría


Estudiante


Docente y personal administrativo


Grupo familiar

Región


Costa


Sierra


Amazonía


Insular

MINISTERIO DE EDUCACIÓN










*Promovemos la conciencia ambiental en la comunidad educativa.*

ADVERTENCIA
Un objetivo manifiesto del Ministerio de Educación es combatir el sexismo y la discriminación de género en la sociedad ecuatoriana y promover, a través del sistema educativo, la equidad entre mujeres y hombres. Para alcanzar este objetivo, promovemos el uso de un lenguaje que no reproduzca esquemas sexistas, y de conformidad con esta práctica preferimos emplear en nuestros documentos oficiales palabras neutras, tales como las personas (en lugar de los hombres) o el profesorado (en lugar de los profesores), etc. Sólo en los casos en que tales expresiones no existan, se usará la forma masculina como genérica para hacer referencia tanto a las personas del sexo femenino como masculino. Esta práctica comunicativa, que es recomendada por la Real Academia Española en su Diccionario Panhispánico de Dudas, obedece a dos razones: (a) en español es posible <referirse a colectivos mixtos a través del género gramatical masculino>, y (b) es preferible aplicar <la ley lingüística de la economía expresiva> para así evitar el abultamiento gráfico y la consiguiente ilegibilidad que ocurriría en el caso de utilizar expresiones como las y los, os/as y otras fórmulas que buscan visibilizar la presencia de ambos sexos.

# Presentación

Los libros de la colección "Nuestras propias historias" son resultado del concurso organizado por el Ministerio de Educación en el marco de la campaña nacional de lectura. Esta convocatoria invitó a la comunidad educativa a relatar anécdotas, recuerdos, leyendas, costumbres y tradiciones de sus familias, barrios, escuelas y más lugares. Permitió compartir los conocimientos y saberes de abuelos y abuelas a través de los relatos de las experiencias que han tenido a lo largo de su vida.

Hoy publicamos los trabajos ganadores e incluimos también una *Guía de mediación lectora* dirigida a docentes que servirá para el fomento de la lectura dentro y fuera de las aulas.

En los libros que tienen en sus manos encontrarán relatos fantásticos, de amor y de terror; leyendas y descripciones de cómo se viven las tradiciones de nuestro país y cuentos que transcurren en la comunidad, la familia o la escuela. Son narraciones que han sido contadas por nuestros abuelos, abuelas, madres, padres, hermanas, hermanos, estudiantes, docentes y más gente que trabaja en nuestras instituciones educativas.

Cada uno de los relatos que aquí se cuentan han sido compartidos desde la palabra oral y la escritura entre toda la comunidad educativa; al leerlos nos conoceremos y acercaremos como comunidad para aprender los unos de los otros valorando la diversidad de conocimientos.

Esperamos que disfruten de esta lectura y que también se animen a contarnos sus propias historias.

# Prólogo

La escritura de creación es un misterio. El momento en que alguien toma un bolígrafo y un papel, o está frente al teclado de un computador, se abren las puertas de algo insospechado; nadie sabe en realidad lo que puede ocurrir. La imaginación se pone en marcha, las imágenes nos hacen un cerco, los recuerdos nos caen como en una cascada para envolvernos. Estamos, en esos momentos, en un estado interno mental y emocional en pleno movimiento; una fuerza desconocida nos empuja para sacar a la luz algo que nos pertenece, que nos exige que lo dejemos salir a la claridad del día. Esa es la escritura de creación y la aventura de escribir.

Hay quienes, en un momento de su existencia —desde la adolescencia, en la época de las aulas escolares o más tarde—, eligen ese camino con un entusiasmo singular, movidos por una sensación interna que no puede ser descrita con facilidad. Lo único que saben es que se trata de un impulso que les lleva a escribir y crear un mundo que antes no existía ni en el papel ni en la pantalla. Ese es el misterio de la escritura.

Con esto no solo me refiero al trabajo que hacen los “escritores profesionales”, hombres y mujeres, que han creado literatura y publicado libros como parte del oficio constante que tienen en su vida. No. Me refiero a que la posibilidad y las ganas de escribir están guardadas en cada uno de nosotros. Para muchos, la lectura de libros es el gran estímulo para escribir también. Unos han leído poco, y otros están intentando introducirse en el mundo que describen los libros que están en sus manos. La literatura (los

cuentos, las novelas, las tradiciones y leyendas escritas) no solo está para ejercitar el razonamiento y comprender el contenido de las narraciones, sino también para sentir con nuestro corazón lo que otros nos cuentan; por ello a veces nos hacen reír, nos ponen contentos, hacen que se nos escapen unas lágrimas (o al menos se nos hace un nudo en la garganta), o nos dejan pensando un rato.

Siempre creí en las capacidades y las ganas de escribir que tienen las personas que forman parte de la comunidad educativa: estudiantes, docentes, y también madres y padres de familia. Solo necesitaban una oportunidad, un empujoncito.

Al inicio, cuando en el Ministerio de Educación se planteó esta propuesta, muchos dudaron que el programa "Nuestras propias historias" pudiera dar resultados cuantitativos altos. En un principio tal vez se lo veía como un proyecto un poco soñador, que pretendía convocar a un gran desafío a la comunidad educativa del país. Por ahí incluso escuché decir: "pero si la gente ni siquiera lee, va a ser muy difícil que se ponga a escribir".

Sin embargo, no ocurrió así. Esta propuesta ha revelado algo que va más allá de la estadística o del cuadro de alcance de metas cuantitativas. Esto es un resultado concreto en términos educativos y culturales. Al interior de la comunidad educativa, la cifra final de 3 729 participantes —entre estudiantes, docentes, personal administrativo, madres, padres, abuelas y abuelos de todo el Ecuador, en unas provincias más que en otras— nos reveló que las personas tienen interés por narrar lo que les ha sucedido, lo que han escuchado o lo que han inventado también. De este gran total, para la publicación se seleccionaron más de ochocientas narraciones que tratan una gran variedad de temas: artes, oficios, profesiones y pasatiempos; leyendas y tradiciones; realismo social; relatos de amor, de terror o fantásticos; o historias de la comunidad, la familia o la escuela.

Este programa de escritura y lectura —originado en el sistema educativo y que tuvo el total apoyo e impulso del ministro de Educación Fander Falconí, durante su gestión— aportará al reconocimiento de la historia, la cultura y la identidad de nuestros pueblos, y será una fuente de investigación importante para estudios académicos (antropológicos y sociológicos) sobre la cultura e historia local y regional, de la población urbana y rural de todo el país.

La amplia gama de narraciones publicadas en los libros que conforman esta colección representa el primer fondo editorial construido en el Ecuador por los propios miembros de la comunidad educativa, que se convierten en creadores, investigadores y difusores de la cultura local y regional. Cada historia aparece con la información de cada autor, lo cual afirma el reconocimiento concreto de su aporte personal a este programa educativo de escritura, lectura e investigación.

Esta gran colección de narraciones se encuentra distribuida en todo el sistema de bibliotecas educativas y comunitarias a nivel nacional. Su entrega a los centros educativos estuvo acompañada de una guía pedagógica que orienta, dentro del aula, el uso metodológico de estos libros, ahora considerados una fuente importante de lectura e investigación del país diverso que tenemos. Esta diversidad está presente en cada una de "Nuestras propias historias".

Luis Zúñiga
Escritor y creador del Programa "Nuestras propias historias".

# Índice




**JAVIER MOISÉS GONZÁLEZ**
nació en Santa Elena, Santa Elena, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Rubira. Sus actividades favoritas son leer y ver TV.

# Pueblo iracundo

A inicios del siglo XIX, un hombre corría más rápido que el viento por las calles poco alumbradas de un pueblo rural. Los que lo seguían desconocían por qué había cometido esa fechoría; otros, en cambio, el porqué de esa persecución; el único que tenía claro lo que había sucedido era él, de nada le había servido negarlo todo.

De seguro había creído que la víctima callaría, que iba a convertirse en uno de esos casos que se quedan en el olvido y que, con el tiempo, tanto él como su víctima seguirían con sus vidas.



Incluso tal vez habrá reflexionado: “Debo irme de aquí, ocultarme un tiempo hasta que todo pase. Igual, si voy preso, capaz puedo comprar al juez o a alguien para que me deje salir”. Ahora, en lo único en lo que pensaba era en huir, correr, no caer.

La multitud avanzaba velozmente con piedras, palos, botellas y todo lo que pudiera herir al perseguido. Unos estaban completamente consumidos por la ira, otros por la curiosidad y algunos por la emoción de ser parte de una turba. Se dividían en grupos, avisaban a los vecinos de cuadra en cuadra a la voz de: “Agarren a ese ladrón, acorrálenlo, no lo dejen ir”.

De pronto, se comenzaron a acabar las calles y el perseguido intentó huir por los techos, patios o lo que tuviese que cruzar con

el fin de alejarse de la muchedumbre, pero fue demasiado tarde: la lluvia de objetos lanzados por la gente le llegó y cayó.

“Ahora sí, desgraciado, ven para acá, ¿crees que puedes venir aquí a tomar lo que no es tuyo así porque sí? No, ahora vas a pagar”, dijo el líder de la turba al perseguido, que fue conducido hacia su destino final en medio de insultos y el forcejeo de la gente. Las luces de las viviendas se fueron encendiendo y más personas se asomaron a ver qué estaba ocurriendo a esas horas de la noche.

El perseguido observaba entre la multitud esperando divisar alguna ayuda, pero nunca apareció. Entonces comenzó a sospechar lo que le iba a ocurrir. La turba lo llevó a un lote vacío, donde lo abuchearon y maltrataron desenfrenadamente. Él, sin poder hacer nada para defenderse, dejaba que los golpes le cayeran encima. ¿Qué podía hacer frente a medio barrio consumido por la ira y el odio?

Llegó el momento en que su ser entero se paralizó al oír en medio del tumulto la frase: “Quémenlo, que arda desde ya como lo hará en el infierno”. El perseguido comenzó a rogar por piedad y quiso resistirse, pero era inútil, su destino ya había sido decidido por voto popular y todos se dispusieron a cumplirlo. La multitud estaba por encender la hoguera cuando los guardianes arribaron al lugar y lo salvaron de la ira del pueblo, dejando a muchos con las ganas de verlo arder.




**QUELYN IBETH LÓPEZ**
nació en Tena, Napo, en 2001. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Leonardo Murialdo. Su actividad favorita es escuchar música.

# Una sirena fuera del agua

Todos conocen la historia de algún deportista, atleta o nadador. Pero saber la verdad acerca de sus luchas, sufrimientos y derrotas antes de alcanzar una victoria es algo desconocido para la mayoría. Les presento mi historia y mis recuerdos, que se vuelven lúcidos cada vez que abro la ventana de mi habitación con la llegada de una nueva mañana.

Había una vez una niña que no tenía aficiones ni conocía el mundo. Solo se la pasaba jugando con su imaginación; gracias a ella, transformaba el entorno a su antojo. Inventaba amigos imaginarios cuando los reales no estaban cerca. El tiempo pasó y ella se empezó a dar cuenta de que algo estaba cambiando. Cuando quería jugar con sus muñecas favoritas, se aburría enseguida, así que se las terminó regalando a su hermana, sin tomar en cuenta cuán importantes habían sido para ella.

La niña se encontraba entrando a la adolescencia. Su cuerpo empezó a transformarse y se empezó a sentir inconforme consigo misma. Por esta razón, su autoestima se vio afectada. Todas las noches se encerraba en su cuarto, ponía su música favorita a todo volumen y las lágrimas comenzaban a fluir como los pétalos de las rosas en primavera. Además, se sentía muy sola porque sus dos amigas de la infancia, Laura y Antoni, se habían mudado a una localidad muy lejana que quedaba fuera de la ciudad. Esto afectó mucho a la chica, porque ellas la habían apoyado constantemente y siempre habían permanecido juntas, en las buenas y las malas. Las tres siempre se metían en problemas por sus travesuras.

En una ocasión, Laura y Antoni la consolaron y la hicieron sentir bien después de que ella recibiera unos correazos por parte de su padre el día de su noveno cumpleaños, después de que la niña insistiera con que le organizaran un festejo con torta, regalos y todos sus compañeros, a pesar de que sabía que sus padres no estaban en posibilidades de darle tanto. Después de que sus amigas la hicieran sentir bien, jugaron alegremente hasta la tarde. Por eso y muchas cosas más, la niña recordaba a Laura y Antoni, a pesar de que ambas aparentemente se olvidaron de ella cuando se marcharon.

Han pasado ya cinco años desde su partida. Durante su adolescencia, la chica no sabía a quién recurrir cuando tenía

algún problema o se sentía sola. En esta etapa se dejó influenciar por malas compañeras que le enseñaron a cortarse para aliviar el dolor. Por alguna razón, sentía que los días siempre eran malos, tanto en la escuela como en la casa; además empezó a sentir odio por su familia porque pensaba que nadie lograba entenderla.

Fue entonces cuando decidió quitarse la vida. Sus malas amistades le aconsejaron que para hacerlo debía cerrar los ojos y soportar durante más de quince minutos debajo del agua. La inocente chica de catorce años pensó que así obtendría la ansiada calma. Se dirigió a un río que quedaba cerca de la localidad. Entró al agua dando pequeños pasos y con lágrimas en los ojos, hinchados después de tanto llanto. De pronto sintió la calidez del agua, que parecía querer acurrucarla y calmarla. Difícil de creer, ¿verdad?



La chica abrió los ojos y se vio envuelta por las caricias de la corriente caliente del agua, desinteresándose por el mundo exterior. Se dejó absorber por la tranquilidad y su alma rota se puso en sincronía con las ondas producidas por el movimiento del río que se mezclaban con sus lágrimas. Parece imposible, pero se mantuvo debajo del agua durante quince minutos. A ella le hubiera encantado mantenerse allí, disfrutando de esa experiencia, porque al fin se sentía en su elemento. De pronto, llegó su mascota Milo, ladrando por todas partes. Ella se aproximó a la orilla, lo abrazó y se pusieron a nadar juntos. Cuando atardeció, regresaron a casa. Ella se sentía como un soldado que ha vencido en la guerra. Se fue a dormir junto con su perro. Supo que su experiencia quedaría como un secreto entre ella y su fiel mascota.

A partir de entonces, cada vez que tenía una hora libre, la chica se iba a nadar, se convirtió en su *hobby*. Ella aún no se había dado cuenta de que podía permanecer por debajo del agua más tiempo de lo normal. Cuando lo hacía, se sentía en paz con sus emociones, pero cuando salía del río se volvía a sentir rara.

Una noche encontró a su madre revisando las cosas de su padre con lágrimas en los ojos. Ella se sintió confundida. Entonces su mamá le explicó que había descubierto que su esposo le estaba siendo infiel con una jovencita de veinticuatro años. La chica no lo podía creer y se puso a defender a su padre. Pero cuando él llegó a casa y la madre lo confrontó con las evidencias que tenía, no pudo ver a su hija a los ojos. Ellos empezaron a discutir y para la chica fue insoportable. Salió corriendo hacia el río y, una vez allí, se puso a observar la luna y las estrellas. De repente se dio cuenta de que su rostro se reflejaba, feliz y sereno, en las aguas, a pesar de que ella estaba muy apesadumbrada. Pensó que sería imposible demostrar que eso había sucedido a los demás.

Al poco rato, llegó su hermana menor hasta allá guiada por Milo, que le había mostrado el camino. Ella le pidió que regresara a casa. Cuando volvieron se encontraron con la noticia de que sus padres habían acordado divorciarse y cada quien seguiría su camino por separado.

Al día siguiente, llegaron a la escuela los integrantes de una clase de natación con el fin de motivar a todos para que entraran en ella; se podría participar con otros nadadores y permanecer en la piscina todo el tiempo que se deseara. El problema es que se debía pagar una cuota semanal y a la chica, al saber que sus padres estaban a punto de divorciarse, no le pareció adecuado inscribirse. De pronto, alguien se burló de ella diciéndole que si entraba iba a contaminar el agua, porque tenía pocos recursos y no se bañaba todos los días. Los nadadores la miraron de forma extraña y le preguntaron si quisiera formar parte de la clase. Ella lo deseaba, pero al sentir que la observaban con lástima estalló de ira, gritó que no estaba pidiendo caridad y que la dejaran en paz.

Poco después se arrepintió, regresó al salón donde ellos estaban, les pidió disculpas y les solicitó que la evaluaran para poder inscribirse de forma gratuita. Desde ese momento, descubrió cuál era su sueño y su meta. Abrió sus ojos y miró alrededor… ¡Sí, yo era esa chica! De esa manera me di cuenta de que lo que reconforta mi alma y me apasiona es la natación.

En el momento de la evaluación nos dijeron que lo fundamental para un nadador es la resistencia, después la velocidad y, por último, las destrezas para poner en práctica tácticas fundamentales. Me concentré en las sensaciones de mi cuerpo y, cuando sonó el silbato, me lancé a la piscina, un espacio donde solo estábamos las ondas formadas en el líquido y yo. Cuando abrí los ojos sentí como si el agua me estuviera enseñando a caminar por primera vez; continué y seguí hasta llegar al final. Entré al equipo y, desde

ese día, he continuado nadando y compitiendo. Incluso llegué a concursar por la medalla de oro en un certamen continental.

Y adivinen qué. Sí la obtuve. Me gustaría que la vieran brillar… No, no me refiero a la medalla, sino al agua, que resplandece en este maravilloso día en el que les he contado mi historia. Sigue tu camino, no te detengas. El tiempo pasa pero tus sueños continúan. La competencia más dura es contra ti mismo y es preciso superar los momentos difíciles. Si te esfuerzas por conseguir lo que deseas y buscar lo que te apasione, encontrarás la verdadera felicidad.




**FREDI ERAZO**
nació en Ibarra, Imbabura, en 1979. Estudia en el Módulo 3 del Proyecto de Educación Básica para Jóvenes y Adultos de la Unidad Educativa Monseñor Leonidas Proaño-Extensión CRS Latacunga. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

# Mi historia desde cuando era niño

Recuerdo que cuando tenía unos tres añitos vivía con mi padres y mis hermanos en el campo, en un barrio llamado Merseo Imbiola, parroquia Carolina Guallupi, en Ibarra, Imbabura. Allí no había servicios básicos como agua potable o alumbrado eléctrico, no teníamos ni un sanitario. A mi padre le gustaba tener gallos finos de pelea. Ni él ni mi mamá podían descuidarse de mí porque

una de esas aves me tenía tanto odio que, cuando me veía solo, corría a pegarme. A veces yo lloraba cuando ese gallo me picaba; mis padres corrían a defenderme pero para entonces yo ya estaba todo asustado y golpeado.

Me acuerdo que, por circunstancias de la vida, nos tocó mudarnos a otro barrio llamado El Milagro, no muy lejos de donde nací. Vivíamos en una casa grandota hecha de barro, a la antigua. Allí mi padre tenía una huerta llena de todo: mangos, cañas suavitas, plátanos, yuca, maíz, naranjas… En ese tiempo las tierras eran buenas, producían mucho más que hoy. Teníamos que ponernos las yucas al hombro para poder cargarlas. Al lado de la casa había un árbol de espino viejo. Un día mi padre dijo: "Ese árbol ocupa mucho espacio", y tomó la decisión de cortarlo. Luego, hizo leña para cocinar los alimentos porque en ese tiempo no conocíamos las cocinas a gas.

Esa noche escuchamos que una mujer lloraba junto a lo que quedaba del tronco. Entonces mi padre dijo que era una almita que necesitaba descanso; se lamentaba por una moneda que él había encontrado en el árbol que tumbó. Esa mujer siguió gimiendo con tanto sentimiento que a todos nos dio miedo y esa noche nos quedamos muy juntitos.

También recuerdo que tenía unas primas que eran hijas de un tío de parte de mi padre. Siempre me visitaban y nos poníamos a jugar. En un árbol grande hacíamos un columpio con una soga y un cabo viejo, que ya estaba podrido. Un día estábamos jugando, el cabo se rompió justo en el momento en que una de mis primas estaba columpiándose. Ella voló por varios metros y cayó. Al inicio no pude ver a mi prima por el polvo que la cubría. Después de un momento empezó a salir toda empolvadita y, como niños que éramos, nos divertimos por lo sucedido.

Yo era un niño hiperactivo, no me gustaba estar en la casa. Hacía que mi madre se descuidara y salía a la huerta o a la plaza, donde mis hermanos estaban estudiando, y así pasaba el tiempo. Un día, en el año 1984, hubo un temblor muy fuerte y yo justo estaba en la plaza. Ese momento me agarré de un palo que estaba plantado y me sacudí junto con él.

Pasó el tiempo, yo me volví más grande y me tocó ir a clases por primera vez. Nos habíamos pasado a vivir en otro lugar y la escuela estaba lejos de la casa. Salíamos a las 6 a. m. para llegar a tiempo, porque en ese entonces los profesores eran malos, nos castigaban por atraso, por estar mal formados, por cualquier pretexto. Recuerdo que mi madre me preparaba un desayuno con cuatro tortillas hechas en tiesto y yo me las llevaba a la escuela. Desde pequeño me gustaron los negocios, así que vendía las tortillas a unos cuantos centavos para comprar las golosinas que más me gustaban: caramelos, galletas, etc.

En la niñez me gustaban los juegos como las bolas. Y me gustaba apostar. Si perdía o ganaba para mí era lo mismo. Por eso me descuidaba de los estudios; mi madre me solía enseñar a ser responsable y poner más atención a los deberes que me mandaban para que los hiciera en casa. Mi madre nos decía a mis hermanos y a mí: "Aprendan, ustedes que pueden". Ella solo había logrado estudiar dos años, primero y segundo grado. Luego nuestros padres nos cambiaron de escuela a una que quedaba más cerca de la casa. Yo continué creciendo. Cuando tenía ocho años, por las mañanas estudiaba y por la tarde ayudaba a mi padre a cultivar las plantas porque todos sobrevivíamos gracias a la agricultura.

De niño no me gustaban los baños en agua fría. Mi madre tenía que atraparme para que me bañara; le tenía miedo al agua y al

jabón en los ojos, y muchas veces me pasaba corriendo en los campos para que no me bañaran, pero como era un niño que jugaba en la tierra tenía que asearme.

Cuando tenía nueve años conocí a mi primera novia, Maripaz M. En ese tiempo no teníamos luz eléctrica, sino unos generadores de luz que hacían funcionar a un televisor de catorce pulgadas, pero como no podíamos ver muchos canales solo lo utilizábamos para ver películas en Betamax o VHS. Como éramos los únicos que teníamos estos aparatos empezamos a alquilar películas y a cobrar la entrada. Yo no me perdía una y menos si mi novia iba a verlas.

Yo tenía un primo malo al que le gustaba beber alcohol. Una mañana, cuando estábamos yendo a la escuela, me invitó a tomar. Era un lunes y mi primo tenía escondida una botella de trago, la sacó y empezamos a beber. No duré ni media hora, no me acordaba ni dónde estaba. Me regresaron a la casa y yo sentía que se me quemaba el corazón. Cuando volví en mí, había muchas personas a mi lado acompañándome.

Los años pasaron, salí de la escuela y me dediqué a la agricultura por un tiempo. Llovía mucho; recuerdo que las plantas se perdían por mucha agua y, después, por mucho sol. Me cansé del campo y me fui a otro lugar, donde la gente era mala. La ley la hacían ellos mismos. Allí sobrevivía el más fuerte. Aprendí a defenderme con la inteligencia, evitando toda clase de problemas.

En mi adolescencia empecé a tener muchos sueños, muchas ambiciones. Volví a estudiar y traté de superarme cada día más. A pesar de que tenía más de catorce años, no conocía Quito, solo Ibarra. En la capital vivía una hermana mayor, le pedí que me ayudara a buscar un trabajo. Ella no lo hizo, nunca supe el motivo.

Un día tuve un problema con una familia y peleé con uno de ellos. Como le gané, todos me amenazaron con denunciarme y hacerme coger preso. Entonces tomé la decisión de salir del campo a la ciudad de Quito, sin conocerla. Llegué a la terminal Cumandá y no sabía para dónde ir. Entonces pregunté dónde podía quedarme y buscar trabajo de lo que fuera. Una buena persona me ayudó dándome la dirección del albergue San Juan de Dios. Me hospedé en ese lugar, era bueno y nos daban comida y un lugar donde dormir por tan solo dos sucres.

Pasaron unos días hasta que conseguí un trabajo de guardia en una empresa clandestina, así funcionaba antes todo. Tenía que pasar el día en una garita o caseta sentado en una calle y me tocaba cuidar toda una manzana con ayuda de un pito, una



carabina recortada y un tolete. Así empecé a trabajar en la capital para ganarme un sueldo mínimo, luchando por salir adelante. Seguí teniendo sueños que quería cumplir, como conducir mi propio auto, viajar en un avión y muchas otras cosas, pero deseaba lograrlo todo con esfuerzo, sin quitarle a nadie lo suyo.

El trabajo que encontré de guardia no me gustó, pero no sabía ningún otro oficio, así que me tocó regresar otra vez al campo donde mis padres. Allí la vida se me hizo más difícil porque era muy dura. Enseguida volví a la ciudad de Quito decidido a quedarme. Fue así que, cuando ya tuve mis años, como unos dieciocho, tomé la responsabilidad de mi propia vida, encontré un trabajo de guardia de seguridad con un capitán llamado Carlo Monroy. Él me dio un puesto para cuidar unas casas.

Continué trabajando en Quito, cobré mi primer sueldo, arrendé una habitación en un hotel que se llamaba Hostal La Kennedy. Pagaba por ese cuarto con el 30% de mi sueldo. Entonces busqué a mi hermana que vivía en la capital con una prima y ellas me ayudaron a estabilizarme. Logré mantenerme en ese trabajo un buen tiempo, fui conociendo la capital y buscando mejores posibilidades en otras empresas de seguridad, como Laark, Cruvipro y muchas más. Entonces entré a trabajar como guardia en Laark, donde me quedé un buen tiempo. Ellos me empezaron a capacitar acerca de cómo tratar a la gente, cómo relacionarme con los demás; me enseñaron a manejar las armas y me dieron cursos de relaciones humanas para que estuviera listo para los puestos más difíciles de manejar, como los de la OCP, las antenas, la Toyota, un centro comercial…

Mientras mejor te desempeñabas en el servicio te daban mejores puestos y, como yo era bueno, pude trabajar en OCP

Veker Centry Life y en otros lugares más. Como me llevaba muy bien con el gerente de operaciones, cuando él se cambió a Cruvipro Seguridad me fui con él a trabajar para un señor serrano, a quien me supe ganar. Él me dio un cargo de jefe de personal en ETECO y Alquimiate.

Fue en ese entonces cuando conocí a una señora que estaba casada, tenía tres hijos y era vecina de mi apartamento. Primero fuimos buenos vecinos, pero luego se enamoró y tomó la decisión de abandonar a su conviviente. Se fue conmigo sin importarle perder todo lo que había construido en el tiempo que había pasado con su primer esposo. Nos fuimos a vivir al norte, en Cotacachi. Ella se llevó a todos sus hijos con nosotros y empezamos una vida nueva sin problemas, todos felices.

Empecé a trabajar en la plantación Rosamos, por Tabacundo. Me tocaba madrugar a las 4 a. m. para esperar el recorrido. Mi esposa era muy celosa y, como me tocaba trabajar con una prima de ella todos los días, empezó a desconfiar de ambos y hubo problemas. Entonces busqué un trabajo que nos permitiera estar cerca. Finalmente encontré uno como cuidador de una cuyera por Cotacachi. Un día antes de aceptar, en la mañana una vecina me pidió un poco del café que yo estaba tomando, yo se lo regalé. Ella me lo recibió, se tomó unos sorbos y me lo devolvió. Entonces se me agrandaron más los problemas porque mi esposa había estado viendo lo que hacía. Yo no veía el problema de haber brindado un poco de mi café. Por un lado fue bueno hacerlo para que mi esposa sacara a relucir lo que tenía por dentro y yo pudiera conocer su verdadero carácter y sus celos. Yo siempre he tenido mala suerte en el amor. Luego de comprobar todo lo que quería saber de mi esposa, tomé la decisión de separarme de ella y me fui

a vivir en otro lugar, a trabajar en una hacienda ganadera. Allí me contrataron como regador de potreros.

Me pasé como un año y medio trabajando en ese lugar. Mi esposa dio con la dirección por donde yo estaba, me fue a buscar, a pedirme perdón y a que le aceptara de nuevo a mi lado. Yo, como siempre he sido compasivo y tierno, acepté y vivimos juntos como seis años más, pero como no hubo cambios en su comportamiento tomé la decisión de separarme definitivamente.

Entonces regresé a la ciudad y conseguí empleo en una empresa de seguridad llamada Coacerlos como guardia fijo. Me dediqué a trabajar día y noche porque quería superarme. En esa compañía me dieron un puesto en una fábrica de plásticos donde pude ganarme la confianza de los jefes, quienes me dieron un cargo dentro de la empresa. Mi trabajo era descargar el polietileno de los contenedores. Llegué a ser jefe de estibadores. Contrataba personal para descargar hasta 20 triales por semana.

En ese tiempo conocí a la madre de mis hijos. Ella tenía una niña de tan solo once meses de nacida. Yo me hice cargo de ella porque me enamoré de su madre. La pequeña es colombiana porque su mamá también es de allá. La niña nació allá en el año 2006. Mi esposa se hizo cargo de la niña sola porque el padre no quiso reconocerla.

Fueron pasando los días, las semanas y los meses y ella se quedó embarazada, pero para mi esposa no fue una alegría. Después supe que se había ido donde una señora del barrio y me di cuenta de su intención. Le pregunte qué era lo que le estaba pasando, no pudo decirme una mentira y tuvo que decirme la verdad: esa señora le había dicho que no debía tener al niño, entonces quería abortarlo tomándose tomando unas aguas. Yo la amenacé con

mandarla de la casa si lo hacía. Entonces no lo abortó pero cambió su forma de ser conmigo y con su hija. Se hizo agresiva y grosera, maltrataba a la niña sin motivos. En ocasiones, la pequeña se hacía sus necesidades sin avisar, entonces mi mujer la desnudaba y la bañaba en agua fría. Yo le pedía que no la tratara así, porque era una niña pequeña y no se daba cuenta de lo que hacía. Entonces la respuesta de ella era: "Usted no se meta que no es nada suyo". Yo le preguntaba por qué trataba de esa manera a su hija. Ella no me respondía, solo se callaba y se guardaba su secreto. Yo seguía insistiendo en el tema solo cuando estaba de buen humor y alegre.

Hasta que un día me contó la historia de la procreación de la niña. Me contó que en Colombia, en el barrio San Antonio, ella se había ido a una fiesta sola con unas amigas porque no tiene hermanos, los mató la guerrilla. Ella en ese entonces solo tenía unos dieciséis años. Por la noche un mal hombre la drogó, abusó de ella y así quedó embarazada y tuvo a su hija sola. Allá en Colombia, la niña se llamaba Alison Daniela Jurado. Llevaba el único apellido que tiene su madre porque ella tampoco fue reconocida por su progenitor. Cuando la niña tenía unos seis meses, mi mujer decidió dejarla donde los padres del papá de la niña. Pasaron los días, se arrepintió, la recuperó y la trajo a Ecuador. Fue entonces cuando yo decidí reconocerla; pensé en el bienestar de la niña y decidí darle mi apellido para que se beneficiara de los derechos de nuestro país y tuviera los mismos apellidos que mis hijos.

Yo he sido de todo, trabajo donde me paro, sobrevivo, soy un agricultor, maestro constructor en hormigón, soy soldador en estructura metálica, soy chofer de motos y carros, soy un agente de seguridad graduado en la escuela de formación y capacitación SEFOSEC. Siempre he trabajado honestamente sin competir con nadie, sin hacerle daño a nadie, sin robarle a nadie.

Lo último que deseo contar es que me gradué en compras públicas y antes estuve estudiando política y liderazgo para apoyar al colectivo Juan Pablo Bolaños. Él fue un joven que murió en la revuelta del 30S. Hemos logrado formar la Fundación Juan Pablo Bolaños, donde ayudamos a madres adolescentes.

Esto es solo un poco de lo mucho que puedo recordar. Hoy le pido a Dios que siga iluminando mi vida; mi ideal es ser como Jesús y cumplir todos mis propósitos. Siento que los estoy cumpliendo y soy mejor cada día.

**RUBÍ YEY VELEZ**
nació en Tosagua, Manabí, en 1988. Estudia en noveno año de Educación General Básica Superior de la Unidad de Educación Fiscomisional Semipresencial Jorge Ugalde Paladines. Su actividad favorita es la bailoterapia.

# Un pasado amargo

Esmeralda tuvo una infancia muy difícil y penosa. Su madre murió cuando tenía un año y medio, y su padre traficaba, fumaba y tomaba; ella veía mientras hacía todo eso. Hubo un tiempo en que él tuvo que huir, entonces las dejó abandonadas a ella y a sus dos hermanas. La mayor se hizo cargo, llevó a Esmeralda y a su otra hermana para que se quedaran a vivir con una vecina, y después la hizo estudiar, pues quería que tuviera un futuro mejor.

Dos años después apareció su papá y la trajo a vivir a Manabí. Él se había comprometido con alguien más. Al principio su mujer

la trataba bien pero luego todo se convirtió en una pesadilla, porque la maltrataba mucho. Su papá llegaba tomado, Esmeralda le decía lo que pasaba con su esposa, pero él solo contestaba: "Mañana hablo con ella", y se ponía a consumir drogas sin que le importaran sus hijas.

Luego su madrastra se empezó a ir de la casa y ella se quedaba a solas con su padre. Él solía querer tocarla. La joven tenía trece años, no sabía qué pasaba, por qué él quería dañar a su hija, su sangre. Lloraba mucho cuando él intentaba abusar de ella. Le decía: "Lo que vayas a hacer con otro, hazlo conmigo, que soy tu padre".

Pasaron unos meses, conoció a un chico y, por la desesperación de lo que su padre le pudiera llegar a hacer, llegó a la conclusión de que era mejor entregarse al muchacho. Quedó embarazada, no sabía qué hacer, no tenía a quién acudir; su madre no estaba, su padre era el culpable de todo esto, estaba totalmente sola. Ocultó su embarazo durante cinco meses, hasta que un día su madrastra lo descubrió y se lo contó todo a su padre. Él la botó de la casa y ella tuvo que ir a dormir a una finca, arropándose con unos sacos. Pero luego llegaron los dueños de ese lugar y también la botaron. Después fue a pedirle posada a un amigo travesti y él le dio una mano. Pasó en su casa el tiempo que le faltaba para dar a luz.

Cuando nació la bebé no tenía con qué vestirla, así que su amigo tuvo que ir por donde los vecinos a pedirles prendas para la niña. Como no tenía cómo comprar lo que su pequeña necesitaba ni qué darle de comer, Esmeralda se vio obligada a prostituirse. Para poder trabajar tuvo que dejar a su hija con una vecina. Cuando estaba en esa vida fatal conoció a un chico que le prometió todo. Ella se enamoró mucho de él, pensó que lo amaba, pero él solo le brindó promesas. Tuvo dos hijos con ese muchacho. Creyó que con este hombre su sufrimiento terminaría, pero en realidad todo

fue peor. Él consumía drogas y la golpeaba cuando no le daba dinero para su vicio. Entonces empezó a hacer lo mismo que él, para ver si sus problemas terminaban, pero no fue así, crecieron más y más. Se hundió en el mundo de las drogas: consumía para vivir y vivía para consumir. Ya no le importaban sus hijos, solo la droga. Poco tiempo después se empezó a quedar dormida donde le cogiera la noche y ya no se alimentaba bien.

Más tarde conoció a un muchacho que la enamoraba y le daba drogas. Ya no veía a sus tres hijos ni sabía de ellos. Sus amigos y amigas le decían que los fuera a ver y ella les mentía diciéndoles que ya lo había hecho. Entonces quedó embarazada de su cuarto niño, pero, a pesar de eso, siguió drogándose, no le importaba lo que llevaba en su vientre. Cuando llegó la hora de dar a luz



tuvo problemas porque se desmayó y su niño no pudo salir. Los doctores la ayudaron porque no tenía fuerzas para parir.

Cuando despertó, el médico le dijo que el niño había nacido con dificultades y tenía que hacerle un tratamiento costoso porque estaba desnutrido; parecía de cinco meses por la falta de alimentación de la madre. Entonces se vio obligada a darlo a otra persona que pudiera ayudarla a criarlo. Se sentía desesperada, totalmente sola, eso le dolió mucho y le llevó a refugiarse en las drogas. Cada día vendía su cuerpo para ir a comprar más sustancias.

Después de un tiempo tuvo otro niño. Lo llamó Ángel, porque su vida cambió mientras estaba embarazada de él, pues entró a una clínica de recuperación. Salió cuando tenía siete meses de embarazo, lo tuvo y un hombre lo reconoció. Al principio con él todo era muy bonito, pero después fue un infierno. La maltrataba mucho, le partió la cabeza, la apuñaló y, además, la violaba.

Por ello decidió irse lejos con su hijo. Se fue a Guayaquil donde una hermana. A los tres meses de estar viviendo allá se enteró de que su padre había fallecido. Cuando su niño tenía tres años se fue a Portoviejo a trabajar como prostituta. Mientras, dejaba a su pequeño con su comadre Mónica. Hasta que un día conoció a un buen muchacho. Él era muy joven, ella tenía treinta y tres años. Todo lo que ocurrió con él fue muy hermoso, un regalo de Dios. La llevó a vivir a su casa, con su hijo. Pero, a pesar de ello, aún vive sufriendo y llorando por sus errores pasados, y suele preguntarse si se reencontrará con su otro hijo, que ahora tiene catorce años y ella no lo conoce.

Hasta hoy vive junto con su esposo. Ha pasado ocho años junto a él. Gracias a Dios y a su marido tiene un hogar y un apellido.

**CAMILA ANAHÍ ESPINOSA DE LOS MONTEROS** nació en Quito, Pichincha, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Guaranda. Sus actividades favoritas son leer y escribir.

# La tarjeta roja

La noche de la tragedia estábamos cenando con toda mi familia. Mis padres se preparaban para salir porque era su aniversario. Era otro día normal, pero había algo en el ambiente, como un mal presentimiento. Esa misma noche me levanté de golpe, mientras una gota de sudor frío resbalaba por mi frente. Sabía que algo había pasado, lo sentía en el fondo de mi alma. Justo en ese momento, mi abuelo abrió la puerta y me miró con una cara… una de esas caras que te revuelven el estómago y hacen que tu corazón

se acelere como nunca. Con la voz entrecortada y los ojos llorosos como bombas a punto de explotar, me dijo:

—Mario, algo le pasó a Mónica. Oswaldo me acaba de llamar, dice que tenemos que ir al hospital.

—¿Qué? Pero… ¿qué le pasó? ¿Está bien? ¿Es malo? —dije asustado.

—Solo apúrate y ponte los zapatos, te espero en el auto —me gritó desde la cocina.

Ya en el carro yo solo rogaba que no hubiera ocurrido algo malo. En eso mi abuelo empezó a llorar descontroladamente. Le pregunté por qué se había puesto así, pero no me dijo nada. Eso me asustó mucho más. Sentía que iba a vomitar en cualquier momento, no sé si por eso o porque mi abuelo manejaba como loco. Al llegar al hospital, encontramos a papá sentado en el piso de la sala de espera, con los ojos rojos y la mirada perdida.

—Papa, ¿en dónde está mamá? —pregunté desesperado.

—Oswaldo, responde ¡ahora! —le gritó mi abuelo.

Pero papá no respondía y era inútil hablar con él, estaba como en *shock*. Entonces busqué a una enfermera para preguntar en dónde estaba mamá.

—La señora Mónica Barbacid llegó sin pulso, se encuentra en la morgue… Lo lamento —dijo la enfermera.

En ese instante sentí que mi mundo se derrumbó; todo se hizo de un tono triste. Me había desmayado. Cuando desperté encontré a mi abuelo llorando mientras arrestaban a papá. Al parecer él había estrangulado a mamá solo porque ella no había querido tener relaciones sexuales con él. Estaba drogado en el momento de hacerlo. Poco tiempo después me enteré de que papá se había



suicidado para no quedarse toda la vida en la cárcel. Eso me dolió mucho en el fondo de mi corazón. ¿Acaso no había sentido ningún remordimiento?

Ha pasado una semana desde que perdí a mis padres. No recuerdo nada del funeral, supongo que mi mente borró ese horrible momento. Me mudé con mi abuela materna a Burges, España. De pronto, mi vida tomó un rumbo diferente: perdí a mis padres, me mudé a un país diferente, lejos de mi familia y amigos. Y todo por las estúpidas drogas.

Mientras desempacaba con mala gana encontré una tarjeta de color rojo con una cruz en ella. De la nada empezó a vibrar, se desprendió un rayo de luz y apareció mamá, ahí, frente a mis ojos. Me quedé atónito, no sabía qué decir o hacer. Entonces ella dijo:

—Mi niño bello, cierra la boca, las moscas se te meterán.

—Ma… mamá, qué… qué… —tartamudeé, mientras mis ojos se ponían vidriosos.

—Hombre mío, por favor, tranquilízate, yo estoy bien. Estoy en paz.

Eso me calmó. Al principio no lo entendía, pero cuando pasaron los años me di cuenta de que ese encuentro me ayudó mucho en varios momentos importantes de mi vida. Aprendí a perdonar a mi padre. Sí, lo perdoné, y sé que cuando se mató y cuando mató a mi madre no era él, sino las drogas. Me dolió mucho que nunca haya pedido ayuda para mejorar. ¿Acaso no quería hacerlo? Él era un buen padre, tenía muchos años por delante y se arruinó la vida por un momento de diversión. Aunque quedé huérfano sé que mi madre siempre estará conmigo, apoyándome en los momentos que más la necesite. Siempre.

**JENNIFER MADELEYNE PIEDRA**
nació en Uzhcurrumi, El Oro, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Sarayunga. Su actividad favorita es escribir.

# No me rendiré por nada

Siempre pienso en cómo hubiese sido mi vida si las cosas del pasado habrían sucedido de diferente manera. Cada mañana, al despertar, miro mi teléfono celular con una sola esperanza: ver un mensaje de mi padre en el que me desee un feliz día y me diga lo importante que soy para él. Pero cada día esta esperanza se va muriendo poco a poco, pues nunca encuentro un mensaje suyo. Me considero una

persona fuerte, pero me siento un poco débil ante esta situación, pues yo no crecí junto a mi papá, él no estuvo allí para verme caminar o escucharme decir mis primeras palabras. Sin embargo, yo siempre supe quién era él, porque mi madre me hablaba acerca de cómo era desde muy pequeña; además veía sus fotografías y sabía su nombre. Aunque había algo que yo no comprendía: por qué yo no tenía su apellido. Siempre le preguntaba esto a mi mamá pero ella jamás supo responder.

Con el pasar del tiempo fui creciendo y empecé a comunicarme con él. Lo llamaba por teléfono y él me llamaba a mí. Siempre nos hablábamos de esta manera puesto que mi padre no vivía en el mismo país que yo y no podíamos vernos personalmente. Cuando charlábamos, él siempre me pedía una cosa: que fuera a visitar a mi familia paterna. Al principio yo no quería, pues jamás había tenido una conversación con ellos, pero como mi papá siempre me lo pedía le hice caso porque quería que estuviese feliz.

Empecé a ir a visitarlos a menudo. Me encariñé mucho con ellos porque me trataban bien y salíamos de paseo, lo que se volvió una costumbre; además, pasaba con mis primos y primas. Un día ellos se burlaron de mí. Cuando volvíamos de jugar, ellos esperaron a que yo me quedara un poco atrás para poder adelantarse, asegurar bien las puertas de su casa y no dejarme pasar. Llamé varias veces pidiéndoles que me abrieran pero no lo hicieron. Regresé a casa muy triste, le conté lo sucedido a mi mamá. Ella me abrazó y me dijo que solo era un juego de niños.

Volví a ir varias veces más pero ellos no me dejaban de hacer lo mismo. Entonces ya no quise ir de nuevo. Conversé de esto con mi papá pero él no creyó en mí; al parecer la palabra de mis tías y primas era más válida que la mía. Me dijo: "Niñita mentirosa, no te creo nada. Solo inventas excusas para no ir a visitarlos". Me sentí muy deprimida al escuchar a mi papá decir eso.

Al poco tiempo él regresó al país. Para mí, a pesar de lo ocurrido, fue una gran alegría, pues al fin iba a conocerlo en persona. Fui a recogerlo en el aeropuerto junto a sus padres, hermanas y demás familiares. Cuando él llegó, lo reconocí enseguida y corrí muy emocionada a abrazarlo. Pensé que su reacción sería la misma pero no, no fue así. Él solo corrió en busca de sus padres y sobrinas, que también eran pequeñas como yo. Fui la última persona a la que él abrazó aquel día. Pero lo más sorprendente fue que llegó junto a una mujer y un niño muy pequeño. En ese momento no le pregunté nada, pero lo hice al día siguiente y me contestó que eran su mujer y su hijo de dos años. No supe qué decirle, aún era muy pequeña, tenía apenas siete años y no comprendía bien la situación. Pero cuando regresé a mi casa le conté de esto a mi mamá y ella supo explicarme bien. Comprendí que él tenía otra familia de la que mi madre no formaba parte. Fue entonces cuando empecé a comprender que quizá yo jamás tendría un hogar junto a mis dos padres.

El tiempo pasó. Mi padre me llevó a Cuenca a pasar vacaciones allí. Yo siempre intentaba tener una buena relación familiar y convivir con mi papá, pero empecé a notar algo extraño en mis tías. Siempre que estábamos todos juntos y con mi padre presente yo era lo más importante para ellas, o al menos eso creía. Después me di cuenta de que no les gustaba mi relación con mi padre, porque siempre que iba a buscarlo y él no estaba me mostraban mala cara, su actitud era muy diferente a la que aparentaban frente de él. A pesar de eso siempre iba a visitarlo.

Después de dos meses él tuvo que regresar al país donde vivía. Cuando mi padre se fue las cosas empezaron a cambiar totalmente. El comportamiento de su familia hacia mí ya no era tan agradable y por ese motivo simplemente dejé de ir a visitarla. Mi padre me ayudaba económicamente para mis estudios. Supe



aprovechar su colaboración y el apoyo moral de mi mamá y me dediqué plenamente al colegio pues no quería defraudar a ninguno de los dos.

Cuando tenía catorce años mi padre regresó de nuevo. Esta vez lo hizo sin avisar a nadie y fue una sorpresa para todos. Al siguiente día de haber llegado mandó a mi prima por mí. Yo fui sin pensarlo dos veces. Platicamos durante mucho tiempo, reímos, jugamos, en fin, tuve un momento feliz junto a mi padre. Le comenté que visitar a la familia ya no era usual para mí y entonces fue cuando él empezó a molestarse. Me dijo que ya era grande como para que me tuviera que decir qué era lo que debía hacer.

El tiempo pasó y mi relación con él empezó a cambiar para mal. Un día lo visité y tuve la oportunidad de hacerle la pregunta que tanto me angustiaba: por qué no tenía su apellido a pesar de que él sabía que yo era su hija. Él riéndose me dijo: “No lo sé”. Agaché la cabeza y volví a hacerle otra pregunta: si acaso algún día me iba a reconocer legalmente como su hija. Él se rio otra vez y me dijo: “Cuando tengas tu título de bachiller te daré mi apellido”. No le dije nada más al respecto, solo regresé a casa.

Durante un año casi no tuvimos comunicación a pesar de que no vivíamos lejos uno del otro. Después de este período, él me dijo que quería darme su apellido y yo, emocionada, acepté. Fuimos a arreglar los papeles y a mis quince años legalmente tuve apellido paterno, pues antes solo tenía el de mi mamá. Pero a pesar de esto nuestra relación no cambió. Cuando le escribí pidiéndole dinero para poder solventar los gastos de mis estudios, él se negó a hacerlo. Por fortuna, mi mamá siempre ha estado conmigo en todo momento, dándome consejos y ayudándome a superar grandes obstáculos de la vida que no hubiera podido sortear sola. Ella siempre ha sido una persona capaz de salir adelante ante las grandes dificultades que se le han presentado, ha trabajado mucho para que mis hermanas y yo podamos estudiar.

Con el pasar de los meses las cosas cambiaron otra vez. Volví a tener contacto con mi papá y él empezó a ayudarme de nuevo para pagar mis estudios. Yo siempre he pensado que él lo hacía por obligación y no por voluntad propia, porque siempre que le pedía algo me recordaba todo el dinero que ya me había dado y que yo no hacía nada para recompensarlo; me decía que si quería más dinero tenía que ir a visitarlo. Para mí eso no era fácil pues no sentía su amor de padre y no iba a verlo.

Poco después, aparentemente, él se olvidó de mí. Ya no me escribe, no me llama, cuando paso a su lado simplemente me

ignora. Ya no tenemos ninguna comunicación y para mí es muy triste desconocer lo que se siente pasar una Navidad o un cumpleaños junto a mi padre. Ahora él solo vela por sus otros hijos. A pesar de todo, no le guardo rencor. Él es mi papá y lo quiero mucho. Cada día he luchado por ser mejor y por demostrarles a todos que yo puedo superar cualquier obstáculo, en especial a mi madre, quien ha sido mi guía siempre. Hoy tengo diecisiete años y me siento orgullosa de mí misma. No me he rendido por nada. Con la bendición de Dios y el apoyo de mi familia materna lograré una de mis grandes metas: ser una gran bachiller de mi país.

**ERIKA LIZBETH MACAS**
nació en Loja, Loja, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscomisional Calasanz. Su actividad favorita es leer.

# Buscando la luz

Recuerdo poco de la etapa de la niñez en la que fui “feliz”. Viene a mi memoria cuánto anhelaba crecer, ser grande para disfrutar de la vida. La tan ansiada adolescencia ha llegado. Me pregunto: ¿para qué quería crecer? Las cosas en realidad son distintas. ¿Qué pasó con el mundo perfecto? Es decir, lo que me imaginaba que era la adolescencia: sonreír, gritar, ser feliz. La vida es triste, crecer es muy doloroso y cansado. Siento que ha sido el deseo más cruel que he podido pedir para mí misma.

“¡Erika!, despierta ya, tienes que ir a estudiar”, grita mi mamá. Esta rutina me aburre. Levantarme, hacer la limpieza, vestirme, desayunar e ir al colegio. En ese lugar he vivido muchas cosas, ahí he crecido, he conocido la amistad y la traición, el amor y la desilusión, las buenas y las malas personas. Ahí he pasado los mejores y peores momentos. Estoy cursando mi último año; me arrepiento de muchas cosas y me alegro de muchas otras. Allí las horas transcurren de forma más aburrida que lo usual; desde hace tiempo no le encuentro sentido a las cosas.

2:00 p. m.

Llego a casa. Está mamá. No hay nadie más, pues somos solamente ella y yo. Soy hija única y no mantengo relación con mi padre.

—Buenas tardes, mamá.

—Erika, ayuda a servir el almuerzo.

—Está bien, mamá, ahora voy.

Corro a mi habitación, dejo mis cosas y bajo corriendo a servir la comida. En la mesa, como desde hace tiempo ya es costumbre, todo es silencio total. Mi madre y yo ya no hablamos, a menos que sea para discutir; nuestras diferencias son muy grandes. Yo siento que ella no me entiende y ella siente que yo no la entiendo a ella. A veces me gustaría hablarle, contarle lo que me pasa, sentarme a su lado y recibir un abrazo, pero esto se ha vuelto imposible. Las circunstancias que he enfrentado y el duro carácter de mi madre me han hecho perder la confianza en ella; somos dos extrañas bajo un mismo techo. Ella en su cocina, yo en mis cuadernos. Ella con sus problemas, yo con los míos. Y es que, ¿cómo decirle que soy aquello que tanto odia y crítica? ¿Cómo confesarle la triste verdad?

Formo parte de quienes ella tanto denigra y jamás aceptará. Entre libros, música y tristes pensamientos llega la noche.

10:00 p. m.

Con melancólicos recuerdos y crueles pensamientos, me voy a la cama, me aferro a mi almohada, nadie más que ella me entiende; ha sentido la humedad de mis lágrimas y ha podido medir el tamaño de mi dolor, comprender cuán vacía me siento, cuánto me duele saber que me esfuerzo para ser mejor cada día, saliendo de casa a darlo todo de mí, solo para regresar con la desilusión de que mis acciones o intentos no son valorados. Estoy harta de todo, no soporto más, vivo tratando de ser sincera en un mundo de falsos, poniéndome máscaras por miedo a mostrarme como soy. Sé que nadie me aceptará así, este es un planeta lleno de personas que juzgan, critican, se burlan, se ríen, te humillan, pero ninguna de ellas se pone en tus zapatos ni por un solo segundo.

Mis lágrimas no cesan, me he cansado de todo, le he dado tiempo al tiempo, pero la herida no sana, cada vez es más profunda, siento que me he vuelto masoquista. ¡No más! Salgo de mi casa. Voy caminando con lágrimas en los ojos y un vacío en el alma; mi corazón roto me pide compasión, ya no soporta tanto dolor. Llego al puente en el que de niña solía jugar a ser grande y mirar desde ahí lo bonita que era la vida. Ahora que soy grande y conozco la dura realidad, me doy cuenta de que aquello no era más que una gran fantasía. Apoyo mis manos en el barandal del puente y miro hacia abajo; es muy alto, nadie sobreviviría a una caída así; respiro hondo, cierro los ojos y no paro de llorar. No soporto más este mundo tan cruel, tomo valor, me subo en el barandal; tengo pavor, pero eso no me detiene, mi dolor es más grande que cualquier miedo. Vuelvo a calcular la altura. Es ahora o nunca, no puedo seguir viviendo así entre las sombras, en el silencio, guardándome



todo lo que pienso, tragándome lo que siento. Me cuelgo del barandal, suelto una mano con mucho pavor, pero muy decidida a acabar con mi vida. Cuando estoy por terminar de cumplir con la fatal tarea, escucho una voz que me dice:

—¿Tan cobarde eres? ¿No decías que esto es para débiles? Cada día pasas dando consejos, alentando a la gente a luchar por su vida, a que persigan sus ideales, ayudándolos a sonreír y a terminar con sus pensamientos negativos. ¿Y ahora? Ahora eres tú quien intenta dejar de existir.

Asustada y sin saber qué decir, vuelvo a subir con gran esfuerzo, busco el origen de las palabras, pero no veo a nadie y me lleno de pánico. La voz prosigue:

—Si valoras a los demás y haces que ellos se valoren, ¿por qué no haces lo mismo contigo? ¿En dónde está aquella niña que vivía por ver sonreír a los demás, que sonreía con los pequeños detalles, que disfrutaba haciendo sentir bien al resto, aun sin importar cómo se sintiera ella, que se abandonaba a los brazos de Dios?.

Atemorizada contesto:

—Aquella niña ya no vive en mí, perdí mi fe, me cansé de ver la vida pasar sin que nada bueno venga para mí, me cansé de darlo todo sin recibir nada a cambio, me cansé de sacar sonrisas y que nadie seque mis lágrimas, de no ser valorada, de estar para todos y que nadie esté para mí, me cansé de amar y no ser amada, me cansé de ser fuerte. Me cansé de estar sola. Ya no soy la inocente que creía que amar era dar sin pedir nada a cambio. ¡Me cansé de vivir!

La voz contesta:

—Tú no estás sola, Dios está contigo, Dios te ama, Dios te cuida.

Entonces grito:

—¡Dios no existe! Me abandonó, me dejó sola en mi peor momento. Al igual que todos, Él se cansó de mí, me castigó y me condenó a vivir así.

—Dios nunca te dejó, Él siempre estuvo, está y estará contigo. Él te ama.

—¿Estuvo y estará? ¿En dónde? ¿En dónde estuvo cuando lloré, enfrenté la muerte del ser que más amaba, cuando mi mundo se vino abajo, cuando todo se destruyó? En ese momento en el que tanto lo necesité, grité su nombre y Él nunca vino. Ahora dices que nunca me abandonó. ¿En dónde estuvo cuando sentí que me estaba muriendo? ¡En dónde está ahora que estoy por morir! ¿En dónde está Dios? —grito llorando desesperada.

—Siempre estuve aquí contigo, cuidando tus pasos, consolándote, pero tú nunca me viste, te negaste a escucharme. Toqué a tu puerta y nunca me abriste. Yo soy Dios y estoy contigo ahora.

—¿Qué? Pero, ¿cómo es posible? —pregunto desconcertada—. ¿Quién eres? ¿En dónde estás? Esto es mentira, tú no eres Dios.

—Lo soy y estoy aquí a tu lado, en donde siempre estuve, pero tú te niegas a verme.

—No me niego a nada, quiero verte. ¿Por qué no lo hago?

Silencio, la voz ya no contesta. Aún llorando grito:

—¿Por qué no te veo?

La voz se hace presente de nuevo:

—Si intentas descubrirme desde tu dolor, me pierdes de vista.

El ruido de la alarma me despierta. Todavía somnolienta y refregando mis ojos, pienso en ese sueño que me ha dejado tan perpleja. ¿Cómo es posible? ¿Qué significa esto? Me hago tantas preguntas y ninguna tiene respuesta. Bajo a la cocina, encuentro a mi madre llorando y le pregunto:

—Mamá, ¿qué pasa?

—La abuela tiene una enfermedad muy grave, debe ser operada de urgencia y no tiene muchas esperanzas de vida.

Las lágrimas brotan de mis ojos. Sin saber qué más hacer nos encaminamos al hospital. Pasan las horas, no hay resultados, la situación es muy preocupante. Empiezo a llorar una vez más, a reclamarle de nuevo a la vida. De pronto recuerdo aquel sueño tan extraño, dudo mucho y al final decido obedecer al sentimiento que hay en mí; intento recobrar mi fe, abandonarme en los brazos de Dios, poner todo en sus manos. No pasa mucho tiempo y el

médico anuncia que la operación ha sido un éxito, la abuela se encuentra estable. Siento una inmensa alegría y un cálido abrazo, aunque no haya nadie cerca de mí. Entonces lo entiendo todo. Mi dolor me ha impedido por mucho tiempo ver que Dios no solo está cerca sino en mí. Él siempre ha sido mi ángel, me ha visto llorar, me ha escuchado, me ha aconsejado, me ha abrazado, ha caminado conmigo, ha corrido a mi lado, ha sufrido igual o más de lo que yo he sufrido, se ha cansado igual que yo, pero nunca me ha abandonado.




**ILENNE BANDA**
nació en Guayaquil, Guayas, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal Guayaquil. Sus actividades favoritas son nadar y andar en bicicleta.

# ¿Por qué a mí? ¿Por qué a ella? ¿Por qué a nosotras?

Hola, mi nombre es Cristina, tengo dieciséis años y actualmente estoy cursando segundo de Bachillerato. Desde que ingresé al colegio mi visión acerca de las demás personas ha cambiado. Ahora es muy difícil confiar en alguien, desde el que te

saluda en la calle hasta el que es tu compañero de aula o trabajo. Nadie sabe las verdaderas intenciones que tienen los demás, aunque estas pueden descubrirse de diferentes maneras. Algunos esconden sus propósitos en un “Hola, ¿cómo estás?” o, los que son más directos, hasta te silban. En estos últimos casos, ¿qué debo hacer?, ¿a quién puedo acudir cuando me siento insegura por el hecho de que alguien me mira o me habla de una manera diferente que deja ver otras intenciones?

Durante mi vida académica he notado la gran diferencia que hay entre escuela y colegio. Desde que tuve seis años en adelante, todas las personas me parecían buenas, tanto en la institución educativa como en la calle. No había ningún tipo de falta de respeto hacia mí ni yo los irrespetaba a ellos. Pero desde que ingresé a 8.º, con apenas 12 años, mi forma de pensar ha cambiado, lo cual, en cierto modo, es triste.

Es terrible ver que ancianos, señores o jóvenes tienen un concepto distorsionado acerca de cómo tratar a alguien, especialmente cuando están cerca del sexo opuesto. Es lamentable notar cómo mi apreciación acerca de los hombres se derrumba y descubrir lo que denominan “lo crudo de la vida” para una mujer, chica e incluso hasta para una niña.

A lo largo de 8.º, 9.º, 10.º y Bachillerato, mi perspectiva acerca de aquellos hombres no ha cambiado en absoluto. Sigo pensando que cualquiera de ellos me puede tocar sin que yo lo consienta, hacerme daño o, siendo más dramática, matarme por no “dejarme”.

Cuando estoy lista para irme al colegio, mi madre tiene que acompañarme a mi parada, que por cierto queda a unas cuadras. Cuando llego a mi destino, aún no estoy en el colegio, tengo que caminar cuatro cuadras más para encontrarlo, y durante ese trayecto pueden pasar muchas cosas. Recuerdo que una vez, al bajar del transporte público y dirigirme al colegio, un hombre

en un auto blanco se me acercó y, conduciendo lentamente para seguirme el paso, me gritó cosas obscenas. Por fortuna y desgracia, no había nadie alrededor para defenderme, pero tampoco para juzgarme, puesto que aquellas palabras me hacían sentir como una cualquiera, sin que yo haya hecho nada para merecer tal título.

En cierta manera, me siento resguardada dentro del colegio, puesto que estoy en un curso donde mis compañeros son amables, muy buenas personas y es lindo poder tener plena confianza en ellos, sabiendo que a tus espaldas no te están viendo el trasero o que se fijen en qué tan grandes son tus senos.

Al regresar a casa, también ocurren cosas. El otro día mientras mi amiga y yo nos dirigíamos a nuestras paradas, el semáforo de



la avenida Quito estaba en verde. Mientras conversábamos acerca de cómo realizar una pancarta para las olimpiadas, un hombre se nos acercó en su moto y se quedó parado enfrente de nosotras. Yo, aún atónita por tal descaro por parte de ese hombre, seguí la conversación con mi amiga, ignorando todo lo que él nos decía. Estaba indignada, me hervía la sangre del coraje y la impotencia de no poder defenderme y defenderla a ella. Cuando el semáforo cambió a rojo, no sé cómo, mi amiga, con mucho valor, le dijo que se largara y dejara de *morbosearnos*, pero el hombre necio no hizo caso, lo que incrementó más mi cólera. Al final, cruzamos la calle y durante todo el camino, lo que había empezado como una conversación agradable y amena se convirtió en instantes de silencio e indignación.

Llegar y salir del colegio no son los únicos momentos en los que una mujer, en mi caso, una estudiante, puede sufrir acoso.

En una ocasión, cuando estaba en la línea C1, un "amable" señor me cedió el puesto, se hizo de lado para que yo pudiera sentarme en el asiento cerca de la ventana. Me puse a mirar las mismas casas, edificios y calles de siempre. Pero de pronto, para ser más exacta, frente a la iglesia del Cristo de Consuelo, mi mirada notó algo raro: el mismo hombre que estaba sentado a mi lado movía su mano repetidas veces. No entendía por qué lo hacía, pensé que tal vez tenía la enfermedad de Parkinson o algo parecido. Maldigo la hora en que mi curiosidad me hizo ver lo que mi mente no quería aceptar: aquel señor se estaba masturbando mientras se tapaba con su maletín. ¿Qué se supone que debería haber hecho en este caso? ¿Gritar para que la gente me escuchara y sentirme más humillada?, ¿quedarme callada?, ¿llorar? Definitivamente no supe cómo reaccionar. Me quedé totalmente muda, pasmada, y lo único que pasaba por mi mente era: ¿por qué la gente es así de descarada y enferma? ¿Qué necesidad hay de hacer eso en un

espacio público? Me hacía miles de preguntas que nadie, pasen los años que pasen, absolutamente nadie, tendrá el valor de responderme algo que no sea un "Así es la vida, así es la gente".

Yo no he hecho nada para merecer algo como esto. Es muy injusto que a mi corta edad tenga que pasar por estas situaciones tan vergonzosas como inauditas. Soy una estudiante, no me dedico a provocar a aquellos hombres, tampoco es mi propósito en esta vida, ni en la otra.

Cada vez que enciendo el televisor, me entero de los casos de muchas mujeres degolladas, muertas o que han sido asesinadas frente a los ojos de sus hijos, por querer terminar con una vida llena de violencia. Sí, el acoso también es un tipo de violencia, que espera la muerte de la víctima para ser comprendida como tal por los demás.

Si leer frases como "Mami, qué rico culo te manejas", "¡Ey! Cosita rica", "Flaquita bella, estás buena, mi amor", "Mamacita" te incomoda, imagina escucharlas.




**ANDY SEBASTIÁN ORBES**
nació en Pacto, Pichincha, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa 24 de Julio. Su actividad favorita es dibujar.

# Jorge y su maravillosa experiencia

Un hombre llamado Jorge, su esposa Clary y sus tres hijos pequeños vivían alejados de la gran ciudad. El padre era una persona conflictiva, el sueldo de su trabajo se lo gastaba en cantinas y bailes todos los fines de semana; no le importaba en lo más mínimo el

bienestar de su familia. Cada vez que él volvía borracho a su casa le pegaba a su esposa cruelmente y sin razón y la obligaba a tener relaciones sexuales con él. Sus hijos no podían hacer otra cosa más que ver la clase de hombre que tenían como padre.

Un día sábado por la noche, como de costumbre, Jorge salió a emborracharse con sus amigos. Hubo unas broncas, "el muy macho" se peleó y perdió. Regresó a su casa muy enojado por la derrota, abrió la puerta con coraje, se dirigió adonde se encontraba dormida su esposa, le insultó y le pegó hasta masacrarla. Le dijo que ya estaba harto de vivir con ella, luego agarró sus ropas y gritó: "Me largo de este chiquero". Jorge salió de la casa y se dirigió hacia la ciudad. Clary, muy lastimada, abrazó a sus hijos que lloraban desconsolados.

El hombre caminaba con gran ira en su corazón, su mente estaba llena de ideas negativas, no le importaba ni siquiera un poco lo que estaba haciendo; solo siguió y siguió su camino.

Al pasar por el puente de un río, se detuvo a ver detenidamente a un hombre alto con una bata negra que se paró frente a él. Jorge, asombrado, se preguntó quién era ese hombre tan extraño. El sujeto de la bata se acercó y le dijo: "¿Piensas que puedes hacer lo que quieras, hombre mamarracho? ¡¡Ahorita mismo te regresas a tu casa y pides perdón a tu esposa e hijos!!". Jorge se sorprendió y se puso a pensar en quién le podía haber dado toda esa información a ese hombre. Se enojó aún más, quiso continuar su camino ignorando al tipo de la bata y le dijo con palabras vulgares que no se metiera en su vida. Entonces el hombre extraño le lanzó un golpe directamente al rostro con tal fuerza que lo botó al suelo, a unos tres metros de distancia. Jorge, muy mareado, se levantó e intentó defenderse, pero no pudo hacerle nada, recibió otro golpe, pero esta vez lo hizo caer cuatro metros más allá. Cada puñetazo



que recibía era más fuerte y más preciso. Después de la paliza, Jorge quedó sin fuerzas y tirado en el suelo; con voz débil preguntó:

—¿Qué quieres de mí?

El hombre de la bata respondió:

—Quiero que seas consciente de tus decisiones, quiero que seas responsable por tus acciones, quiero que tengas un buen corazón y, sobre todo, que vivas bien, porque naciste para hacer grandes cosas en este mundo.

Jorge se quedó anonadado al escuchar aquellas palabras, sus ojos se llenaron de lágrimas. El hombre extraño desapareció misteriosamente pero dejó una luz brillante que tenía la forma de

una pantalla. En aquel resplandor se reflejaban los acontecimientos que formaban parte de la vida de Jorge; parecía una película que representaba momentos hermosos de cuando era pequeño y jugaba, cuando pasaba bien con su familia y amigos, la primera vez que conoció a Clary, el momento en que nació su primer hijo y algunas otras bellas imágenes que lo hicieron reflexionar.

Él se puso a llorar mientras sentía una tremenda decepción de sí mismo. Se arrepintió por todo el daño que le había hecho a su familia. Su corazón quebrantado le dio valor para regresar corriendo a su casa, mientras en su mente le agradecía a aquel hombre.

Cuando llegó a su hogar, se acercó a su esposa e hijos, con los ojos llenos de lágrimas, y les pidió perdón de rodillas. El hombre prometió que nunca más lastimaría a su familia y ya no se dedicaría a las farras con sus amigos. Clary, sorprendida y llorando, lo perdonó porque pudo ver en su mirada un arrepentimiento total. Sus hijos se acercaron a abrazarlo y también lo perdonaron. En ese momento pudieron sentir el despertar del amor que debía haber estado con ellos desde que formaron una familia.

Después de aquella experiencia maravillosa y misteriosa todos vivieron más cómodos y felices.




**GRACE BRIGITH RODRÍGUEZ**
nació en Ibarra, Imbabura, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Pusir Grande. Su actividad favorita es estudiar sobre la cultura del pueblo negro.

# Pelo bueno, pelo malo

En una gran ciudad, vivía una niña de ocho años llamada Yurley con sus padres y su hermana mayor. Ellos eran afroecuatorianos. Aparentemente, todos estaban bien, pero eso no era verdad.

Yurley asistía a la escuela y su hermana Cirley, al colegio. Iban juntas, pero no se veían en todo el día. La menor tenía un problema: sus compañeros se burlaban de ella por su cabello y

le hacían bromas por ser negra. Para una niña de ocho años eso era algo muy fuerte. Ella no le contó de esto a nadie y, con el pasar del tiempo, todo el *bullying* que sus compañeros le hacían logró deprimirla y hacer que ella tomara decisiones equivocadas.

Cuando cumplió diez años, Yurley empezó a hacerse daño cortándose las muñecas con cuchillas, ya que con esto aliviaba todo el dolor que sentía y la vergüenza que le provocaba ser negra. Además de eso, se volvió agresiva y golpeaba a los compañeros que se burlaban de ella, por lo que su madre tenía que asistir a la escuela continuamente para solucionarlo todo. Su familia no entendía por qué Yurley tenía esa conducta. La regañaban todo el tiempo y le pedían que cambiara porque sus acciones los avergonzaban.

Todo eso solo empeoraba la situación, pues Yurley cada vez sentía más odio hacia ella misma y menos amor por la vida; pensaba que había demasiados fantasmas acechándola y queriéndola consumir. Cada vez se sentía más presa del dolor, que le iba robando su luz y su felicidad.

Al cumplir catorce años Yurley le pidió a su madre que le alisara el cabello, para dejarse de sentir diferente; todos en su familia solían hacer lo mismo. Así ella empezó a sentirse mejor y sus compañeros dejaron de hacerle *bullying*; ellos decían que el pelo lacio era bueno y bello y el pelo afro, feo y malo. A pesar de eso, ya habían crecido y madurado un poco.

Pero Yurley todavía seguía cortándose, se había vuelto una adicción, y continuaba avergonzándose de ser negra. Además sentía odio hacia sus compañeros por todas las burlas del pasado y se desahogaba haciéndose daño, aunque ya no como antes.

Un día una compañera hizo una fiesta para celebrar sus quince años. Invitó a todos menos a Yurley, y le dijo que la había

excluido porque ella era negra y que las negras eran malas y feas. Esto ocasionó que los fantasmas de su pasado volvieran con más fuerza; la consumieron por completo y de ella solo quedaron sus cenizas. Se sintió muy avergonzada de ser quien era, se odió con todas sus fuerzas. En ese momento, salió del salón de clase y se fue a llorar al baño. Después de dos horas, subió a la terraza y se arrojó del segundo piso del colegio.

Todos estaban muy asustados, llamaron a la ambulancia y a los padres de Yurley y evacuaron a todos los alumnos. Su hermana Cirley lo vio todo, pues había ido al colegio a pedir un permiso para su hermana, porque quería hablar de inmediato con ella. Había encontrado su diario y leído todo lo que Yurley había escrito sobre lo que le estaba pasando, y tenía miedo de que algo malo pasara, pero llegó tarde. Al ver a su hermana tendida en el piso, con lágrimas en los ojos le dijo que ella estaría a su lado, que la amaba y que si moría ella la seguiría.

Los padres de Yurley fueron al hospital. Cirley, en cambio, se fue a su casa, a recoger la información que había encontrado para ayudar a su hermana. Antes de ir al hospital tomó las tijeras y se cortó el cabello alisado quedándose solo con el que le había crecido, su pelo natural y afro.

Yurley pasó todo el resto del día y la noche inconsciente, pero no se encontraba grave. Al día siguiente despertó, no sabía dónde estaba, lo único que recordaba era lo que su hermana le había dicho cuando estaba tendida en el piso.

Cirley entró a la habitación donde se encontraba su hermana y le dijo que la amaba y que, por favor, la perdonara por no haber estado allí para ella. Le prometió que desde ese momento todo iba a cambiar y que la ayudaría a salir adelante. Cirley comenzó a leerle la información que había encontrado en Internet sobre una asociación de mujeres negras que ayudaban y daban consejos a



chicas acerca de cómo aceptarse y ser parte de la reivindicación afro. Ellas les enseñaban lo maravilloso de ser diferentes y negras.

Yurley entendió entonces por qué su hermana traía ese *look*, pero aún no comprendía por qué ella había tenido que ser víctima de tanto rechazo. Su hermana continuó leyéndole lo que había encontrado y, cuando terminó, se puso a llorar. Yurley entendió que ni ella ni su familia ni sus compañeros eran culpables, ya que todos vivían inmersos en el error que la historia y el pasado habían provocado, en la confusión en la que los medios de comunicación les hacían caer; entendió que su madre y su hermana habían pasado por lo mismo pero de diferente manera; entendió que a ellas también les enseñaron a odiarse, a odiar su ser, su cabello,

diciéndoles que tenían un pelo malo, feo, haciéndoles creer que habían tenido mala suerte y que por eso les había tocado ser negras.

Las dos hermanas aclararon muchas dudas y Yurley sintió, al fin, la fuerza para liberarse y recuperar la luz que el dolor le había robado. Su hermana le dijo que ella era una guerrera y que su piel se iba a volver más fuerte que nunca, pues esta sería su armadura, una de acero con la que nunca volvería a caer; que el dolor se convertiría en un arma para luchar; que todo iba a estar bien; que sus fantasmas se irían; que no la iban a consumir más; y que iba a renacer de las cenizas para seguir luchando hasta volver a ser feliz. Yurley entendió que no tenía mala suerte y que ser negra no era un castigo, sino algo maravilloso y un gran motivo por el cual sonreír.

Ella estuvo varios meses en el hospital, después asistió a una clínica de rehabilitación para superar su adicción y no lastimarse más; allí realizó su proceso de transición con éxito. Sus compañeros fueron a visitarla y a disculparse por todo. Ella les dijo que no había rencores y que no necesitaba sus disculpas, porque estas no iban a curar todo el daño que le habían causado.

Después de un año, Yurley salió de rehabilitación lista para recuperar su vida. Ya no tenía miedo, pues sabía que era más fuerte de lo que jamás se había imaginado. Sabía que no volvería a ser la misma, pues todo lo vivido la había dejado marcada, pero también sabía que era una sobreviviente y que nunca volvería a caer otra vez. Sus fantasmas se fueron y al fin se sintió libre, lista para seguir luchando y ayudar a otros. Esa era su meta y se esforzó cada día, en todo momento, para llegar a ella.




**VANESSA ESTEFANÍA MAYANQUER**
estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Tabacundo.

# Paradero desconocido

Mi padre era un comerciante de rosas y mi madre atendía en una tienda de víveres. El sábado 13 de diciembre de 2014 era un día muy tranquilo, y mis padres decidieron quedarse en casa para preparar las rosas, ya que mi padre tenía que mandar un embarque al Perú. Yo tengo una hermana, y mis padres decidieron que ambas atendiéramos ese día el local de víveres. Por la tarde

mi mamá llegó con el almuerzo; le preguntamos por papá y ella nos dijo que se había quedado en la casa empacando la flor, y que después de enviar la carga él vendría por nosotras. A eso de las siete de la noche mi mamá le llamó a mi papá y él le dijo que ya venía al local por nosotras… pero cortaron la llamada.

A las ocho de la noche mi madre, al ver que mi padre no llegaba, le volvió a marcar; él le contestó un poco molesto y le dijo que ya venía por nosotras al local… y nuevamente cortaron la llamada. Cuando mi padre cortó la llamada, mi madre dijo que lo había sentido un poco nervioso, como si estuviera con alguien más… sin imaginar que esa sería la última vez en la que mi madre escucharía su voz.

Se encontraba preocupada. A eso de las nueve y media decidió volverle a llamar, pero mi padre ya no contestó más. Primero mi madre pensó que él se había ido a tomar con sus compañeros de la asociación a la que pertenecía, entonces dejó de insistirle. Cerramos el local a las diez de la noche para irnos a descansar a casa. En ese momento pasó un compañero de trabajo de mi padre y mi madre le preguntó por él, pero nos respondió que no lo había visto. Nosotras nos fuimos a casa y mi padre no llegó a descansar.

Al día siguiente salimos las tres juntas a abrir el local. Mi padre aún no llegaba a casa. En la tarde bajamos nuevamente a nuestro hogar, pensando que él ya habría regresado. Nos encontrábamos tranquilas, pero al llegar nos dimos cuenta de que aún no había vuelto, entonces mi madre se empezó a preocupar más. Decidimos salir a buscarlo donde sus amigos. Cuando preguntamos a uno de sus compañeros, nos dijo que él no lo había visto, seguimos buscando, pero nadie supo decirnos dónde estaba. Finalmente mi madre nos llevó a casa a descansar, porque ya era muy tarde. Al llegar, ella fue a mirar el armario de mi padre para ver si estaba su



ropa completa, porque pensaba que se había ido de la casa; pero cuando fue a revisar se dio cuenta de que toda su ropa estaba ahí..

Entonces nos acostamos, pero enseguida escuchamos una moto fuera de nuestra casa; golpearon el portón, al ver que no salíamos a abrir, un hombre nos dijo a gritos que mi padre estaba secuestrado, e inmediatamente se fueron. Mi madre salió corriendo pero afuera ya no había nadie. Las tres nos alteramos y mamá decidió llamar a mi tío, su hermano. Él acudió de inmediato, con un compañero de trabajo de mi padre, y llamaron a la Policía. El sargento que nos visitó nos recomendó poner la respectiva denuncia en la UPC de Cayambe. Después se sumó otro compañero de trabajo de mi padre, y así, aquella misma noche, nosotras, junto con mis

tíos y los compañeros de trabajo de mi padre, decidimos seguir buscándolo… pero no lo encontramos.

El lunes 15 mi madre tenía que acercarse a la fiscalía de Cayambe a poner la denuncia. Ese día vinieron mis abuelitos (padres de mi papá) y un hermano, acompañado de su conviviente. Recuerdo que mi familia y yo nos sentíamos muy destrozados por no saber dónde se encontraba mi padre.

El miércoles mi madre recibió una llamada del lugar en donde trabajaba anteriormente, y le dijeron que habían llamado de la UPC de Santo Domingo, en la Costa, para informar que encontraron una camioneta Mazda, blanca, doble cabina, como la de mi padre, en medio de unas plataneras, pero que lamentablemente la camioneta estaba consumida en llamas. Sin embargo, gracias al morador que había llamado a dar parte a la Policía tenían a un detenido. Así, ella tenía que trasladarse a ese lugar para reconocer el vehículo e identificar a la persona capturada. Mi madre viajó enseguida a Santo Domingo, y cuando llegó al lugar donde se encontraba la camioneta, le confirmaron que sí era la nuestra. Mi madre pensaba lo peor en ese momento, que tal vez a mi padre había estado dentro cuando la quemaron.

Al mes siguiente, el 20 de enero, recibimos una llamada en la que amenazaron a mi madre, diciéndole que mi padre estaba vivo y que si ella no retiraba la denuncia para que el hombre detenido en Santo Domingo saliera del centro penitenciario, ellos nos iban a matar: primero a mi hermana, después a mí, luego a mi madre y por último acabarían con mi padre. Cuando terminó la llamada, mi madre llamó a la Policía para que rastrearan el lugar desde donde se la realizó, pero ya era muy tarde, el celular estaba apagado.

Entonces, mi madre nos retiró a mi hermana y a mí del colegio, y decidió mandarnos a Tulcán, donde un tío, para protegernos. Cuando nos despedimos de ella, yo pensaba que esa era la última vez que la vería. En el transcurso del camino, recordaba los momentos en que viajábamos todos juntos, y sentía que se me acababa el mundo al pensar que ya no iba a volver a ver a mi familia entera: mi padre se encontraba desaparecido y mi madre estaba amenazada de muerte, al igual que mi hermana y yo. Llegamos a la laguna de Yahuarcocha, donde vendían tilapias, y mi tío nos llevó a comer; cuando entramos a la laguna recordé la última vez que visité ese lugar junto a mi padre, mi madre y mi hermana.

A mediados de febrero, gracias al trabajo de investigación de la UNASE, encontraron a los culpables, y mi hermana y yo pudimos regresar a Tabacundo junto a mi madre. Cuando realizaron la respectiva audiencia, las personas detenidas declararon que ellos no conocían a mi padre, lo cual era falso porque en ese grupo de delincuentes estaba implicada una compañera de trabajo de mi padre. Desde entonces mi madre no ha parado de luchar para que se haga justicia y lograr saber el paradero de mi padre.

Han pasado dos años y once meses, y aún no sabemos de él, pero creemos que con la bendición de Dios algún día lograremos conocer la verdad.

**AZUCENA GUADALUPE RIVERA**
nació en Calderón, Manabí, en 1979. Trabaja en la Unidad Educativa Guapara. Su actividad favorita es contribuir en la formación de los jóvenes de su país.

# Una tragedia delincuencial

En el mes de noviembre del año 1998, en el pequeño pueblo de Palenque, vivía una pareja joven que tenía una pequeña hija. La familia se dedicaba al comercio agrícola.

Juan, el jefe del hogar, era un hombre muy emprendedor; vendía frutas nativas de la zona y madera, en un camión que había logrado comprar con mucho esfuerzo.

Un día decidió llevarlo al taller para que lo pintaran, ya que lucía deteriorado. El vehículo tuvo que permanecer allí por un largo período, por lo que Juan tuvo que pedir prestado el pequeño camión de su amigo Pedro, porque debía continuar con su negocio y transportar la madera desde donde estaban sus proveedores hasta su casa. Él apilaba todo lo comprado en una bodega de su hogar hasta completar cierta cantidad que después transportaba a un depósito en la ciudad de Machala.

Un viernes, Juan ya había alquilado el carro de su amigo para trasladar la madera al día siguiente desde un pueblo llamado Estero de Piedra, que quedaba cerca de donde vivía Pedro, hasta su casa. Pero su amigo de repente le dijo que no podría alquilarle el carro para el día previsto, sino solamente ese viernes. Juan se sintió un poco incómodo porque no estaba preparado ni tenía ayudantes. Pero Pedro lo ayudó a buscar personas para realizar el trabajo. Así, los dos amigos y cinco personas más emprendieron el viaje.

De regreso a casa, a la altura de una bananera, en un camino de piedra cerca de una curva, dos sujetos encapuchados aparecieron frente al camión y este se tuvo que detener. Los ladrones bajaron a Pedro, quien era el conductor, y a Juan del camión, luego los colocaron boca abajo a un costado de la carretera y los apuntaron con pistolas en la cabeza. En ese mismo instante aparecieron cinco hombres más, también estaban armados. Ellos subieron al cajón del camión y tomaron como rehenes a las cinco personas que viajaban con Juan y Pedro.

En un momento de desesperación, Juan intentó quitarle el arma al ladrón que le estaba apuntando, pero no tuvo éxito. Él pensó que iba a morir, pero para su suerte los ladrones no hicieron más que volverlo a apuntar con sus pistolas. Como se concentraron en él, Pedro quedó descuidado y pensó en escapar. En el instante



en que dio el segundo paso, los ladrones se dieron cuenta y rápidamente lo amenazaron con sus armas. Él se protegió con un brazo y empezó a regresar rápidamente a su sitio. Sin embargo, uno de los ladrones no dudó en dispararle a la altura del cuello. El amigo de Juan empezó a convulsionar. Los ladrones se asustaron y se marcharon llevándose el camión con todo y los rehenes.

Juan corrió hacia Pedro y, al verlo inconsciente, pensó que estaba muerto. Inmediatamente corrió hacia el pueblo para alertar y pedir auxilio a la gente y a la familia de su amigo. Consiguió reunir a las personas, quienes auxiliaron al herido, que aún seguía con vida.

Otro grupo de personas emprendieron el viaje para seguir a los ladrones y rescatar a los rehenes. Juan, por su parte, se comunicó

con su esposa para contarle lo sucedido. Ella se encontraba con su hermano, llamado Braulio, a quien Juan le contó que el camión con los rehenes pasaría por su casa y le pidió que avisara a todos. Pero, para su sorpresa, los ladrones ya habían estado por el lugar hacía pocos minutos.

La persecución duró unas horas y la comunidad logró rescatar a los rehenes y al camión. Pero los ladrones escaparon y nunca se conoció su paradero.

Por otro lado, Pedro luchó por su vida, tuvo que someterse a una delicada operación y, por fortuna, se salvó.

Los dos amigos tuvieron suerte, ya que sobrevivieron a esa trágica tarde, a la que ahora ambos recuerdan como el momento en que volvieron a nacer.




**JORGE ZAMBRANO**
trabaja en la Unidad Educativa Cinco de Junio.

# Evasión y realidad

Muchas veces me ahogué en el vino para evadir la realidad, me burlé de la prisa de la gente, de las profesiones, porque todas, sin excepción, desembocan en el automatismo de la esclavitud y la mediocridad. Me aislé buscándome en mis soles interiores, he superado varias fases de los seres que sueñan... A veces me he preguntado: ¿de qué serviría agregarle más años a la vida?  Ahora que estoy envejeciendo, me pregunto: mi piel, mis pasos, ¿acaso me pertenecen?



En el pasado fui docente e inspector de un colegio de la ciudad. Entonces tenía veintitrés años, era un tronco duro de roer, labraba mi vida con los hachazos de mi cordura, sobrevivía con el sueldo y vivía prudentemente en esa lucha, en ese espacio… Sucedió que un buen día batí mis alas. Algo taladraba mi mente, ruidos de otras comarcas anunciaban mi partida. Decidí ir a una agencia de viajes, compré un pasaje y volé con prisa; quería irme lejos de este pequeño país. El feriado bancario había destrozado mi precaria economía, mis ahorros ya no estaban. Desaparecí del puerto de Manta, dejé rostros desconcertados, mi familia, los colegas del colegio… ¡Había sido una decisión inesperada!

Al alejarme de mi tierra, sentí una profunda pena, pensé que me estaba muriendo… No obstante, me fui tras el sueño español, similar al americano, buscando nuevos horizontes al otro lado del mar. Mis familiares me dijeron con caritas de pena que era un trotamundos, un judío errante. Esta es la tragedia de los hombres. El Shylock de Shakespeare, el *Yo acuso* de Zola, en el famoso caso Dreyfus, no hacen sino pintar la desgracia del judío errante. Recordaré para siempre esas palabras.

En España me sentí un forastero, presentí que vivir allí sería un serio problema, pero no me amilané; hasta el Sol palidecía por las tardes ante mi enojo, un nuevo migrante en tierras lejanas. Pero uno aprende a convivir, conocí a Vicente, a María y a Amelia, unos ancianos españoles que cuando habían sido jóvenes emigraron, por el año 1949 o 1950, a París, en plena posguerra, cuando la hambruna asolaba a toda España. Los versos del poeta español Antonio Machado los habían hecho añorar sus tierras en esos tiempos. Cómo no acordarme de ellos:

¡Madrid, Madrid!
Qué bien suena tu nombre,
rompeolas de todas las Españas.
La tierra se desgarra,
el cielo truena,
tú sonríes con plomo en las entrañas.

Hoy, estos versos me recuerdan que todos los tiempos fueron duros. Los ancianos que conocí se habían marchado en la

posguerra buscando otros sueños. En mi caso, la crisis económica del feriado bancario taladraba mis sentidos, mi evasión también había sido forzada.

Ahora todo parece un sueño. Conocí muchas tierras, pero no me sentí en casa en ninguna. Los años han sido como viejos amigos, como perros fieles cuidando mis pasos. Un día ya no me acompañarán porque ya no estaré. ¡Ah, los años! Son primos hermanos de la muerte, fea y hermosa…




**MIRIAN GAIBOR**
nació en San Miguel de Bolívar, Bolívar, en 1966. Trabaja en la Institución Educativa 10 de Enero. Su actividad favorita es la lectura de textos literarios.

# El hombre de los panecillos

Una mañana de abril nació un hermoso niño a quien sus padres, Rosita y Marcial, llamaron Mesías. Ellos vivían en la parte alta de San Miguel, en el recinto Porotobamba. Su humilde casita estaba adornada con hermosos rosales y en sus alrededores crecían árboles de eucalipto. En el patio solían jugar muy contentos sus otros hijos, Pepe y Piedad, ellos tenían ocho y diez años. Su

madre amorosa los cuidaba y consentía dándoles mucho cariño. Cuando Mesías creció un poco, empezó a ayudar a su mamá a dar de comer a los animalitos, siempre estaba listo para hacer cualquier mandado. Por las tardes, los hermanos se reunían con los amiguitos del barrio para ir a jugar al bosque.

Marcial se dedicaba a las actividades agrícolas. Ya no le alcanzaba para solventar los gastos del hogar, por lo que se puso a buscar otro trabajo. Una persona generosa lo ayudó a convertirse en el nuevo guardián del colegio normal Ángel Polibio Chávez. Él asistía muy alegre por las tardes para custodiar las instalaciones de la institución.

Un día se encontró con muchos estudiantes descontentos. Estaban molestos con las autoridades por las malas actuaciones de la administración. Comenzaron las protestas para que se cambiaran las autoridades. Boom… boom, así se escuchaban las bombas caseras que estallaban por todas partes. Los alumnos estaban enfurecidos y provocaron un caos total en la institución. Don Marcial, asustado, no sabía qué hacer: salir corriendo o permanecer en su lugar de trabajo.

Al enterarse de todo, Rosita, su amada esposa, cayó en desesperación. Cuando escuchó el estruendo provocado por las bombas de los estudiantes, corrió a auxiliar a su querido Marcial. En medio de la confusión, salió malherida. Su marido corrió a socorrerla, pero unos disparos certeros terminaron con ambas vidas. Sus cuerpos quedaron tirados en el suelo ante las miradas de los rebeldes.

Mientras tanto, sus pequeños hijos esperaban que sus padres volvieran a casa, sin imaginarse que no los volverían a ver de nuevo. Al día siguiente, Pepito, Mesías y Piedad lloraron amargamente al enterarse gracias a los vecinos lo que había sucedido con sus padres. Ellos no dejaban de lamentarse, sentían mucho frío y una

enorme tristeza. Parecía que hasta los animalitos lloraban por la partida de sus amados dueños.

Los chiquillos estaban muy asustados, tristes y no tenían a dónde ir porque sus familiares cercanos no querían hacerse cargo de ellos. Unas personas astutas aprovecharon para llevarse a los hermanos más grandes a su hogar, para que ayudaran en las faenas del campo. El pequeño Mesías quedó abandonado, sin nadie que le diera amparo.

El niño se llenó de amargura y soledad, estaba muy triste y no pronunciaba palabra. Parecía que ya no quería vivir. Permanecía sin moverse en un rincón de su pequeña casa. Hasta que llegó el momento en que decidió salir a deambular por las calles. Apenas tenía fuerzas porque no había comido nada en días. Se mostraba insensible al tórrido sol, que bronceaba su cuerpo sudoroso, apenas cubierto por unos mugrosos pantalones remangados hasta los muslos. Mesías caminaba encorvado, con la mirada fija en el piso y los pies desnudos.

¡Qué frío hacía a la tarde! Comenzaba a oscurecer y el niño continuaba recorriendo la ciudad, aterrado y sin que nadie se diera cuenta de su dolor. Había momentos en que lanzaba gritos de sufrimiento. Nadie lo comprendía ni le daba abrigo; apenas había recibido unas sobras de pan de unas mesas. Pedía agua porque se moría de sed, pero nadie parecía entenderlo.

Así, el pobrecillo empezó a vivir en las calles; por las tardes solía buscar alimento para calmar su hambre. ¡Qué angustia, Dios mío! Tenía los pies desnudos y amoratados por el frío y había conseguido una chaqueta vieja con grandes bolsillos para cubrirse. A veces iba a la casa de conocidos, a quienes les pedía lo que le gustaba con la mirada y con señas. Entonces le daban un cafecito; él tomaba sin parar ese delicioso refresco.



Ahogado en su martirio, caminaba con lentitud, con la mirada siempre baja, como agarrotando el tiempo. La gente que lo veía sentía lástima, pero nadie hacía nada por él. Un atardecer llegó al corredor de don Pedrito, se sentó en el suelo y se acurrucó hecho un ovillo para soportar el frío de la noche. A pesar de que encogía los piececitos todo lo posible, empezó a sentirse helado. No se atrevía a volver a su casa, allí hacía frío también y ya no estaban los seres que amaba.

Tenía las manos congeladas, la oscuridad era su única compañera. En medio del silencio, conversaba con su madrecita, que estaba en el cielo. Le decía: "¡Mamita!, llévame. ¿No ves que estoy solo? No tengo a dónde ir, los niños se asustan con mi presencia, se burlan, me lanzan piedras. Mira cómo tirito de

frío, soy un témpano helado. ¡Mamita, no me dejes! Acurrúcate al lado mío, ¿no ves que tengo frío?". Apenas cuando empezaba el siguiente día logró quedarse dormido. Los niños que iban a la escuela vieron cómo soñaba en el cobijo de su refugio, parecía un lirio marchito secándose con el tiempo. De seguro los ángeles del cielo lo acompañaban.

Así vivió largos años, en absoluta soledad. Una vecina, la profe Mercy, le tenía cariño y lo cobijaba con mantas para intentar aplacar el frío. Ella lo atendía y se ocupaba de mantener limpias las colchas.

A veces Mesías peleaba con su propia sombra, enfurecido y maldiciendo su suerte. Gritaba: "Quita, cucooo, quita, cucoooo", mientras golpeaba el piso con su bastón, pidiendo ayuda. El sol ardiente quemaba sus sienes y le ocasionaba dolores de cabeza. Pero ¿qué podía hacer el infortunado hombre? De sus labios ya no salían palabras, habían quedado amortiguados por el dolor. Apenas podía gritar mientras luchaba con su propia suerte: "Quita, cucoooo, quita, cucooo".

Mesías recorría lentamente la parte urbana del pueblo que lo había visto nacer. Cargaba unas alforjas con pan que le regalaban a lo largo de su recorrido. El pobrecillo caminaba igual que en su niñez, con los pies desnudos, sangrientos, hinchados, oscuros, amoratados por el frío. Llevaba la marca del desamor y del olvido. Ya no sabía de días ni de años. Para él, el tiempo se había detenido.

Una mañana de sol radiante, la hermana Amparito y su grupo de laicas, con el apoyo de la Policía, fueron en busca de Mesías. Recorrieron los lugares por donde él solía pasar, hasta que lo encontraron. Lo tomaron como si fuera un prisionero. Él no se resistió, más bien parecía haber estado esperando aquel momento; era como un sueño que vinieran por él, no lo podía creer. Lo embarcaron en un carro, todo pálido y mugriento, y lo trasladaron

a la casa hogar, muy cerca de San Miguel. Le aseguraron que allá tendría la compañía de amigos y personas que lo cuidarían.

En ese lugar le quitaron su vieja ropa. Descubrieron que tenía oculta una gran cantidad de panecillos, rancios y descompuestos. Enseguida lo bañaron, cortaron su enredado y largo cabello, limpiaron sus pies enrojecidos y tostados por el sol, envejecidos por los años, marchitos cual hojas secas que se lleva el viento, y recortaron sus uñas largas y curvadas como anillos. Por último, las buenas mujeres le pusieron un terno elegante y lo calzaron con hermosas zapatillas blancas.

Ese mismo día conoció a Miguelito, un hombre sencillo que se acercó a él y lo abrazó. Mesías lo encontraba conocido, se parecía al padre que había perdido hace años. Él lo cogió de la mano y agradeció a Dios por tenerlo a su lado. Desde ese momento se hicieron amigos. Miguelito lo empezó a cuidar y no lo volvió a dejar solo.

Mesías ha vuelto a sonreír. Recorre cada lugar de la casa con ayuda de un andador. Es uno más de la familia. Se acerca a la mesa para compartir el alimento, se sirve la sopa sin ayuda. Ya no lanza gritos y disfruta de la compañía de sus amigos. Los niños corren a visitarlo, se toman fotos con él, le llevan golosinas. Ahora él es muy feliz, tiene un hogar, una casa grande con lindos jardines donde se posan hermosas mariposas de colores y pajarillos que llenan de alegría su corazón.



**KAREN DOMÉNICA LEÓN**
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Luis Cordero.

# Esencia

¿Qué hago aquí?

Son las 2 a. m. y yo sigo despierta, mi mundo entero se reduce a cuatro paredes; me consuelan la oscuridad, el anonimato y la certeza de que aquí nadie sabe quién soy. Me siento exhausta de mostrar una sonrisa falsa frente al mundo. Algunos pensarán: "¿Por qué lo hace?", pero prefiero decir que estoy bien a tener que explicar mi verdadero estado de ánimo. Me siento rota, completamente acabada, y nadie lo sabe.

Son las 2:15 a. m. y ¡sigo aquí! El tiempo ha pasado tan lento, no lo entiendo, ¡no lo entiendo! ¿Por qué los peores momentos duran una eternidad y los buenos se van en un abrir y cerrar de ojos? Han pasado dos minutos y me siento estúpida al tener que quedarme viendo la infinita oscuridad y no poder recobrar el sueño. Quise conciliarlo mientras escuchaba música como siempre, pero esta vez fue diferente. La primera canción terminó y yo seguí despierta y confundida, me solía quedar dormida a la mitad de ella.

¿Qué hizo que fuera diferente? Mientras se reproducía *En mí, no en ti* de Vázquez Sounds, pude sentir cómo mi corazón se rompía nuevamente. Mis lágrimas cayeron, sentí que no podía más. Mil recuerdos pasaron por mi mente, la melancolía me consumió íntegramente. Me encuentro llorando a la madrugada por una persona a quien oírme decir "Te quiero", le hacía sentir bien, pero que nunca le importó cómo me sentía yo, la falta que él me hacía. Es mi padre, lo sé, pero ¿cómo querer a alguien que se acuerda después de quince años de que tiene una hija? No, no siento odio, pero sí un poco de rencor, una ira irracional que nadie comprende. De pronto, el recuerdo de todos esos días del padre en que no tuve a quién dar un abrazo ni decirle un te quiero, todos esos cumpleaños, esas Navidades, todos los días de mi vida sin él, me consume de dolor.

Me puse a pensar cómo los miembros de las familias se felicitan por los logros entre sí y lo comparé con lo que había sucedido en mi vida, ¡mi miserable vida! ¿Qué pasa? Ahora me encuentro en una esquina de mi habitación en medio de un llanto inconsolable que me ha derrumbado.

Pienso en mi vida como algo vacío sin remedio alguno. No soy el tipo de persona que mi familia quiere que sea, tampoco el tipo de amiga que otra persona necesita. Soy una chica demasiado

sensible, aunque aparente ser fuerte. Nunca me he drogado ni he tomado, jamás salgo a fiestas y a la calle. Soy una chica de casa, que prefiere un buen libro a una fiesta, un café o un chocolate caliente en lugar de una cerveza.

De pronto, vuelvo a llorar, recuerdo todas y cada una de las veces en las que los miembros de mi familia me cayeron encima, me gritaron por no haber secado los platos, por no tener mi cuarto ordenado, por una mala calificación. Me acuerdo de cómo me hacían sentir cuando me comparaban con otros dos familiares, el resentimiento corre por mis venas. Yo muestro ante el mundo lo que soy, es mi esencia fría pero sincera. ¿Y ellos? Dos caras, una cosa era lo que aparentaban frente a la familia y otra muy distinta lo que eran en realidad. Todos se fijaban en sus buenas acciones pero nunca en lo malo. En cambio conmigo notaban solo lo malo y nunca lo bueno que hacía. Jamás he escuchado un "Estoy orgullosa de ti", y no lo escucharé. He perdido la esperanza, me he rendido totalmente.

Son las 3 a. m. Aún no he recobrado el sueño, he llorado más de la cuenta. Me he puesto a ver videos. De pronto, llega un mensaje, es Levi, mi mejor amigo, el único que sabe por todo lo que estoy pasando. Me llama y hablamos por más de una hora.

—¿Cómo te sientes? —dice él.

—Muerta —susurro.

—¡Pero si estás viva! —exclama con enojo.

—El hecho de que respire no quiere decir que esté viva —respondo con melancolía.

Voy a la azotea y me paro en el filo. Miro el cielo y, en ese momento, me doy cuenta de que la soledad es morir lentamente y que nadie lo note. De pronto escucho una voz que dice mi nombre, volteo pero no hay nadie, solo oscuridad. En un abrir y cerrar de

ojos me encuentro en el aire cayendo en picada cinco pisos hacia abajo. Solo recuerdo la voz de Levi preguntando: "¿Qué pasó?" y el sonido de una ambulancia acercándose hacia mi cuerpo inerte en la acera.

***

Desperté en una sala de hospital. Mi familia estaba ahí. No lo entendía. Después de todos los insultos, estaban ahí. Giré mi cabeza y vi a mi madre, ¿llorando por mí? ¿Por la persona que le avergonzaba y, según ella, era culpable de todo lo que le pasaba? Pude notar cómo su mano acariciaba mi mejilla. Me volteé y vi todas las máquinas a mi alrededor.

De pronto, Levi entró a la habitación junto con un doctor, mi madre se retiró a los pocos instantes. Vi cómo mi amigo me



abrazaba, me daba un beso en la mejilla y tomaba mi mano. Tenía los ojos hinchados, yo sabía que había llorado.

—¿Cómo se siente? —preguntó el doctor.

—Bien, aunque no puedo sentir mi cuerpo —dije y noté cómo una lágrima de Levi caía sobre mi cara—. ¿Qué está pasando? —pregunté con voz entrecortada.

—Por la caída perdió el 70% de la sensibilidad —respondió el médico.

Levi se sumergió en un mar de lágrimas. Quise estar sola y les pedí que salieran de la habitación.

Me puse a pensar: "¿En qué momento me convertí en una persona tan fría, tan rebelde y tan insegura? ¿En qué momento mi autoestima se fue a la mierda? ¿En qué momento comencé a odiarme a mí misma? ¿En qué momento olvidé ser feliz? ¿En qué momento olvidé amarme a mí misma? ¿En qué momento empecé a odiar cada parte de mi cuerpo? ¿En qué momento comencé a esperar que todos se durmieran para poder llorar? ¿En qué momento empecé a fingir una sonrisa? ¿En qué momento me convertí en esta porquería?". Quisiera volver a ser la misma chica de antes, la que no tenía que preocuparse, la que sonreía, la que se amaba a sí misma, la que era tan feliz. ¿Dónde quedó? Me gustaría recuperarla.

Entre el ruido de las enfermeras y las ambulancias, escuché la voz del doctor diciéndole algo a mi familia. Alcancé a comprender que mi estado era crítico, no había esperanza para mí. "Tendrán que ser comprensivos con ella, pasará por etapas muy difíciles: existirán momentos en los que le molestará todo, hasta su propia presencia será incómoda para sí misma. Habrá instantes en los que se sentirá en un estado depresivo; la soledad le hará sentir mejor. Tendrá días muy duros en los que el dolor la consumirá.

Cuando esté pasando por eso, simplemente no se le acerquen, a menos que ella se los pida".

Pasaron los días y volví casa. Permanecía en mi habitación recostada como un cadáver. Se me fueron los ánimos, lo que antes me gustaba hacer para sentirme mejor ahora provocaba que mi mundo se derrumbara más y más. Poco después, mi madre me llevó a un psicólogo. "¡Dios! Estoy muriendo pero no estoy loca", recuerdo que pensé.

—Tu familia no te da mucho cariño, ¿verdad? —dijo el psicólogo.

—No me hace falta —aseguré.

—Todo el mundo necesita cariño —aseguró él.

—Yo no necesito nada —respondí y di por terminada la sesión.

Cuando regresé a casa, me recostaron de nuevo sobre mi cama como de costumbre. No tenía sentido hacer nada más, no me imaginé que iba a morir ese día. Con gran esfuerzo, logré poner mi canción favorita a todo volumen. Mientras cantaba, las lágrimas corrían por mis mejillas. Apoyé mi cara sobre la almohada y empecé a sentir cómo los pulmones comenzaban a colapsar, mi respiración se aceleró y las manos se me empezaron a enfriar. Ese momento sentí que pasaba a una mejor vida.




**RÚBIER FRANCISCO RAMOS**
nació en Espíndola, Loja, en 1973. Trabaja en la Unidad Educativa Fiscomisional La Dolorosa. Su actividad favorita es escribir.

# Un proyecto de vida

Hoy mi memoria se remonta a lo sucedido durante el período 1997-1999. Recuerdo aquellos momentos difíciles en los campos económico, político y social que atravesaba nuestro país; al mismo tiempo, para mí era una época brillante en el aspecto profesional, a pesar de que los sueldos eran míseros.

Este fue uno de los motivos por los que en nuestra sociedad se dio el fenómeno de la migración.

La docencia ha sido y seguirá siendo motivo de orgullo y satisfacción para mí. Aún recuerdo como si hubiese sido ayer el momento de mi graduación. Muy poco tiempo después, empecé a impartir cátedra en un colegio de mi tierra natal: Espíndola. La alegría de ser maestro era grande. El tiempo pasó volando y el contrato terminó, pero tuve la gran oportunidad de ingresar al Consejo Provincial como director de la Primera Compañía de Danza del HCPL; al mismo tiempo, existía la posibilidad de trabajar en el colegio fiscomisional Manuel Rodríguez de Malacatos. He aprendido que hay que tomar todas las oportunidades que da la vida. Intenté laborar en ambos lugares; aunque los horarios y la distancia complicaban las actividades de trabajo, con esfuerzo se podían realizar.

Nada es fácil y nada es perfecto. Los profesores llevábamos cuatro meses sin sueldo, la desesperación de mantener a la familia, con dos hijos pequeños, Katherine y Kevin, era grande. Fue entonces cuando empecé a contemplar la posibilidad de dejar la docencia y empezar a realizar otras actividades. La idea de viajar a España y buscar una alternativa de vida que mejorara la situación económica de nuestra familia se apoderó de mi mente. Este proyecto no era descabellado, un gran número de paisanos lo llevaba a cabo y en poco tiempo se notaba la mejoría económica en sus familias.

Me decidí por viajar. No fue fácil dejar a la familia, los amigos, los compañeros de danza y del trabajo. Durante las despedidas hubo abrazos inolvidables; por un momento, sentí que mi corazón y mi cuerpo no podían más al saber que dejaba lo más preciado de mi vida: mis hijos, mi mujer, mi padre, mi madre y mis hermanos. La

terminal terrestre, en el andén de la cooperativa Loja, se convirtió en el testigo de las más tristes despedidas. Pensé más de una vez si la decisión era correcta, pero ya había firmado la hipoteca con Delgado Travel y no había vuelta atrás, porque el billete del vuelo costaba un ojo de la cara.

Un 20 de junio viajé a la famosa Utopía de Madrid, como bien la llama Carlos Carrión en una de sus grandes obras. Debo mencionar que el miedo al avión, su despegue y las turbulencias, el "Abróchense el cinturón" de la señorita azafata y la voz misteriosa del capitán hicieron que el viaje fuera especial y terminara con la tranquilidad de los pasajeros del vuelo. Después de esta travesía logramos aterrizar, no sin antes santiguarnos y luego dar efusivos aplausos como si se hubiese tratado de un gran triunfo.

La experiencia que tuvimos los principiantes tanto en Curazao como en Ámsterdam hizo que nos fijáramos en las direcciones con más atención. En Holanda la pasamos mal por el desconocimiento de las rutas. Por donde iba uno todos corríamos detrás; si era un viajero migrante y con experiencia, nos sentíamos mejor. Después del largo trayecto, en el desconocido aeropuerto de Barajas las ansias de ver a un pariente o a una cara conocida era el aliciente que nos hacía caminar más deprisa. En mi caso, existía el temor de que a Luis Augusto, mi cuñado, se le hubiera presentado a última hora una situación y no me esperara a la salida del aeropuerto. Por suerte ahí estaba, listo para ayudarme con el equipaje y después coger el metro para llevarme al lugar donde vivía. Para mi sorpresa, la habitación se compartía con seis personas y cómo encontré todo el departamento mejor se lo dejo a su imaginación.

Pasamos en Madrid, en el barrio Iglesias, durante más de tres semanas y no había nada de trabajo. Los paisanos eran muy recelosos, no contaban ni dónde laboraban, jamás intentaban ayudarte, solo te decían alguna mentira con tal de

no comprometerse. La convivencia era difícil porque tenías que compartir la cocina y guardar en caja fuerte tus alimentos, porque si no desaparecían como por arte de magia.

En una ocasión, mientras estaba con unos conocidos del departamento que no tenían trabajo, la Policía me vio con cara de sospechoso y se abalanzó sobre mí interrumpiendo la tranquilidad de la plaza. Me pidieron documentación y me informaron que habían recibido una llamada en la que habían dicho que sospechaban de mí. Para colmo no llevaba el pasaporte conmigo y por eso me llevaron al retén policial. Mis compañeros me hicieron compañía.

Pero la historia no termina ahí. El problema era mi apellido. Se acercó un agente con mi documentación, después de que un



compañero llevara mi pasaporte hasta allá, y leyó con fuerza mi nombre delante de las rejas que cubrían mi cara:

—¿El ecuatoriano Rubier Francisco Ramos Renteria?

—Sí, pero es Rúbier y el apellido, Rentería.

—Sí, no me digas —dijo el agente y se retiró murmurando con su otro compañero.

Después regresó y empezó el interrogatorio intimidatorio. Habían llegado a la conclusión de que tenía que ver con los vascos Rentería, aliados de ETA. Mi desconocimiento, mi inocencia y, por supuesto, mi nerviosismo lograron convencer a los agentes y al siguiente día me dieron mi libertad, no sin antes hacerme firmar mi detención por presunto intento de hurto, cosa que se inventaron para tener motivos en la próxima y poder deportarme.

Luego de este fatal suceso, que se sumaba a otras malas experiencias, odié Madrid y me fui a Barcelona. Me hacía mucha ilusión visitar el Camp Nou y poder ver al famoso Rivaldo de aquellos tiempos. Organizamos el viaje con mi cuñado y nos pusimos en contacto con Flor, mi cuñada, que llevaba allí unos dos años. Fue increíble pisar Barcelona por primera vez, una ciudad de ensueño que superó todas mis expectativas. Comentamos con mi cuñado que eso sí era Europa. Es una urbe verdaderamente cosmopolita con sus plazas impecables, su mar, su pista de Fórmula Uno, todo muy diferente de Madrid. La suerte estuvo de mi parte y logré conocer de cerca y pisar el famoso campo de fútbol del Barcelona. Pero mi situación laboral no mejoró. Pasaron cuatro semanas y no conseguí nada; pedían experiencia y papeles en regla. Después de muchos ruegos a paisanos y españoles, nos contaron que en Murcia, específicamente en Lorca, ciudad del calor, había mucho trabajo en la agricultura, que cogían personas por cientos y que daban la documentación en poco tiempo.

Llegamos a Lorca, que no era tan bella pero sí muy grande. Nada fue fácil allí. Ya no teníamos dinero para comer y peor para pagar el alquiler del piso. La primera noche dormimos en un carro abandonado y apartado de la ciudad, corriendo todo tipo de peligros. Pasaron unos cuantos días, entonces metí en una tarrina algo de arroz y una limonada sin azúcar, que había hecho con algunos limones que pude sacar de unas ramas que salían a la calle, y me fui solo en busca de trabajo. Por fin un alma bondadosa me ofreció empleo en la cosecha de melocotón, a unas dos horas de distancia en un pueblo llamado XXX.

Así empezó la experiencia de trabajar en el campo. La remuneración no era buena pero ayudaba a solucionar problemas; mi intención era buscar empleos en obras, ya que era donde mejor se pagaba. Empecé a preguntar y ofrecer mi servicio en diferentes empresas después de terminar mi jornada agrícola. Hasta que finalmente un día tuve la suerte de conseguir trabajo en una empresa de estucos, fachadas y terminados. Obtuve buen sueldo, buena comida, me ayudaron con la documentación y una familia, de apellidos García Miñarro, me acogió y me hizo sentir como un pariente más. Este fue el inicio de un gran proyecto de vida que benefició a toda mi familia.




**KELVIN IBARRA**
nació en Guayaquil, Guayas, en 1980.
Estudia en la Institución Educativa Alejo Lascano Bahamonde.
Su actividad favorita es leer.

# Con ansias de libertad

Soy Kelvin Ibarra. Nací el 22 de octubre de 1980, en la ciudad de Guayaquil, en el barrio de La Perimetral, en un hogar humilde. Soy el segundo de tres hermanos. Tuve una niñez sin sobresaltos, casi normal, con necesidades como en cualquier familia pobre. A veces sentía algo de envidia de mis amigos, al ver que ellos recibían algún regalo, ropa, zapatos, juguetes o bicicletas, mientras que yo

no. Muchas veces me asaltaba la necesidad de comer algo de lo que a los niños les gusta, pero no me lo podían dar. El transcurso de los días muchas veces se hacía muy penoso porque mis padres se ausentaban por motivos de trabajo.

El tiempo transcurrió y llegué a una edad en la que quise empezar a trabajar. Como estudiaba, solo podía hacerlo por la tarde. Vendía bolos y helados en las canchas de mi barrio. Después también ofrecía papel mata moscas. Pero yo quería más dinero. Comencé a tener amistades que no eran buenas y a coger cosas que no eran mías, es decir, robar. Por ese motivo, tuve muchos problemas. Un día me cogieron cuando le estaba quitando las pertenencias a otro muchacho de mi edad; el populacho me dio



una tremenda paliza. Entonces decidí volver a trabajar como oficial de construcción, pero era muy cansado para un muchacho de mi edad. Así que me incliné por seguir ganando dinero de la manera más fácil.

Los años pasaron y entré en la etapa del enamoramiento y las decepciones. Encontré a una persona que, según yo, era la ideal. Yo seguía en malos pasos, pero nunca se lo dejé saber, aunque en realidad me sentía mal por eso. Me dediqué a trabajar por mi pareja y porque recibí la noticia de que iba a ser padre; yo quería tener una familia. En total tengo cuatro hijos: Kelvin, Alex, María Camila y Matías. Los amo mucho. He dedicado mi vida a ellos y no he dejado de estar pendiente de mis padres; además, siempre he tenido una buena relación con mis hermanos.

Durante un tiempo trabajé con el sistema Taxi Amigo. El 4 de noviembre de 2014 cogí una carrera que nunca me imaginé que marcaría mi vida: las personas a las que transportaba llevaban cosas ilícitas. Por su culpa me cogieron preso. Desde entonces, he perdido muchas cosas que amé y que aún amo.

Uno de los acontecimientos que más me ha marcado durante este tiempo en la prisión ha sido la muerte de mi padre, el 3 de abril de 2016. Es alguien a quien no voy a poder recuperar nunca. Otro de los golpes que he recibido es el fin de la relación con la mujer a la que tanto amé y la pérdida de contacto con mis hijos, a quienes extraño y quiero mucho. Solo me he quedado con la compañía de Dios, la de mi madre, que siempre está pendiente de mí, y la de mis hermanos. Espero con ansias salir de esta prisión para poder reunirme con todos ellos.

**MERCEDES MULLO**
nació en Columbe, Chimborazo, en 1989. Trabaja en la Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe Amawta Rikchari. Su actividad favorita es leer.

# ¿Indígena o mestiza?

Voy a compartirles una parte de mi vida que es la más curiosa para mí. Nací en el seno de una familia indígena. Cuando tenía ocho años todos migramos a la ciudad de Quito, donde nos radicamos. Puedo decir que mis padres siempre trataron de hacer lo posible por aculturizarme. Me decían que debía utilizar pantalón y hablar

español; también se interesaban porque aprendiera inglés. Jamás me hicieron utilizar anaco y mucho menos hablar kichwa.

Pero desde el año 2005 en adelante mi padre cambió sus ideas, de la noche a la mañana puso como regla general en la casa que debíamos hablar en kichwa, incluso quería que yo fuera al colegio con anaco. Además, todas las mañanas teníamos que comer máchica, algo que no era habitual en mi casa. Si estas disposiciones no se cumplían habría un castigo. Yo cumplí con la orden de comer máchica en los desayunos y hablar kichwa, pero ¿cómo podía ir al colegio con anaco si durante toda la vida me había puesto falda? ¿Cómo superar esa idea de que ponerse esa prenda era un sinónimo de inferioridad? Pensé que tal vez iba a ser la burla del resto de mis compañeros y me rehusé. Aunque mi padre no me obligó, siguió insistiendo hasta que se le pasó.

Con el tiempo terminé el bachillerato y, por una gran casualidad de la vida, a los dos meses entré a trabajar en un Centro Educativo Comunitario Intercultural Bilingüe, donde, entre otros requisitos para ingresar, debía utilizar la vestimenta autóctona y rendir un examen de suficiencia lingüística (kichwa). Ahí es donde "me cayó el ocho", pues no tenía mi ropa originaria y de kichwa sabía lo básico que había aprendido desde que mi padre nos lo puso como un reto cuando yo estaba en segundo de bachillerato. Además me di cuenta de que mis padres hablaban de forma básica y yo debía aprender muchas más cosas. Por ejemplo, nunca había escuchado los nombres de los meses en ese idioma. Pero bueno, poco a poco he ido fortaleciendo mis conocimientos.

El uso de mi ropa autóctona se ha vuelto habitual. He superado ese complejo de inferioridad al utilizarla. Me han sucedido cosas graciosas al momento de comprarme alguna prenda como un anaco o una blusa; las vendedoras me han llegado a preguntar: "¿Es para algún disfraz de danza?". Entonces me sonrío y les digo

que no, que lo compro porque es parte de mi vestimenta porque soy indígena. Entonces se quedan sorprendidas.

Durante mi educación en el sistema intercultural solo aprendí la historia lineal, no me enseñaron nada sobre el tiempo cíclico de nuestra cultura ni, en general, sobre nuestra cosmovisión andina. Al estar inmersa dentro del Sistema Intercultural Bilingüe he logrado salir de la ignorancia en la que me mantuve durante mis años de formación académica.

Al ser madre de una hija tuve que acudir al Registro Civil, donde escuché la peor atrocidad. Por ignorancia, creo yo, la persona que me atendió me dijo que era mejor definir a mi hija como mestiza y se molestó mucho cuando solicité que se pusiera que es indígena porque sus padres también lo somos. Ella insistió en definirla como mestiza.



Para concluir, les puedo contar que actualmente continúo siendo docente de Estudios Sociales de una Unidad Educativa Comunitaria Intercultural Bilingüe. Incentivo a mis estudiantes a valorar nuestras raíces y costumbres, sin descuidar el respeto por la diversidad de culturas en la que vivimos. Sin duda es una tarea muy difícil porque muchos de ellos viven dominados por el pensamiento de sus padres, quienes, al igual que los míos, creen que por ser indígenas, por utilizar nuestra vestimenta o por hablar nuestra lengua kichwa, la sociedad los va a hacer de menos. Pienso que los padres tratan de cambiar a sus hijos por la errónea idea de que así no serán discriminados o maltratados como les sucedió a ellos.

Aunque en hoy en día han disminuido los casos de discriminación étnica, aún existen estereotipos que no se han podido eliminar completamente. Esto se nota, por ejemplo, cuando vemos a un mestizo botar basura en la calle y tratamos de justificarlo diciendo que tal vez se le cayó o algo pasó, pero si este mismo acto es realizado por un indígena o un afrodescendiente, juzgamos a la persona o consideramos a su etnia como sucia.

Juventud, ya basta de seguir viviendo con esa idea absurda de inferioridad, basta de seguir escondiéndonos bajo unos lienzos que nada tienen que ver con nuestra cultura. Valorémonos y valoremos lo nuestro con altivez.




**YHOVANI CORONADO**
nació en Sucre, Bolivia, en 1999. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa El Ángel. Su actividad favorita es el deporte.

# El amor hacia un hermano

Yo tengo una hermana, ella se llama Solangel y es tres años menor a mí. Crecimos creyendo que íbamos a estar siempre juntos para apoyarnos y ayudarnos, pero al final no fue así. Ambos vivíamos en Chuquisaca, Bolivia, con su papá, Richard (aunque en ese entonces pensaba que era el padre de ambos), pues nuestra mamá se había ido a España a trabajar. Mi hermana y yo no la

recordábamos. Después de tres años regresó y nos reencontramos. Ese día sentí un escalofrío que recorrió mi cuerpo. Pasó el tiempo y nos dimos cuenta de que al fin éramos una familia: mi mamá, su papá, mi hermana y yo juntos otra vez; por lo menos, eso era lo que pensábamos. Los adultos solían reñir, yo era testigo de lo que sucedía, pero no lo entendía. Creía que una pequeña discusión era normal, pero no me agradaba, así que cuando sucedía prefería evitarlos, intentaba olvidarme de esos problemas y me iba a jugar con mi hermana.

Un día, después de una de esas peleas, sucedió lo inimaginable: nos separaron. Mi hermana se fue con su papá y mi mamá me llevó con ella. Yo no entendía lo que estaba pasando. Al inicio mi mamá agarró sus cosas, las mías y las de mi hermana, pero entonces Richard dijo: “Ella es mi hija y no te la vas a llevar, llévate a tu hijo”. En ese instante él le arrebató a mi hermana, mi mamá se puso a llorar y yo no pude hacer más que ver cómo brotaban sus lágrimas.

Mi mamá me llevó a la casa de sus padres, mis abuelos, y se puso a conversar con ellos, no sabía sobre qué. De repente escuché la voz de mi mamá que me llamaba: “Yhovany, ven”. Entré a la sala y fue entonces cuando me dijo que Richard no era mi papá y que Solangel era mi media hermana, y que ellos se habían separado porque tuvieron un problema relacionado con dinero. Ese mismo momento me contó sobre su juventud. Ella había quedado embarazada a los diecisiete años, pero mi papá no se quiso hacer cargo de mí y abandonó a mi mamá. Mis abuelos no la ayudaron, pero sus hermanas sí. Ella sufrió mucho. Después de unos años, conoció a Richard en Brasil, quedó embarazada y mi hermana nació en ese país.

También me conversó sobre el problema que había tenido con él. Mi mamá se había ido a España a trabajar para comprar un terreno, mientras Richard se quedó con nosotros cuidándonos. Prácticamente, ella era quien nos mantenía porque nos mandaba dinero, mientras que él se lo gastaba. Al volver, mi mamá había logrado comprar un terreno y hacer una casa. Richard aprovechó y la puso a su nombre. Es ahí donde surgió el problema.

Poco después, mi mamá se despidió de mí y se fue de viaje otra vez. Richard también se fue a Brasil a trabajar. Yo me sentía solo sin mi hermana, recuerdo que solía ir a visitarla pasando un día. Pasaron dos años, fuimos creciendo y nuestra relación no se rompió.



Un día llegué de la escuela y mi mamá estaba en mi cuarto esperándome. Al verla sentí tanta alegría que empecé a llorar. En esos momentos conversamos sobre cómo le había ido, dónde había estado, qué había hecho. Ella me empezó a contar:

—Estuve en España y conocí a alguien —dijo—, luego me fui a Ecuador y de ahí regresé por ti.

No creía lo que decía así que le pregunté:

—¿A quién conociste?

—Se llama Joaquín Gualapuro y vivo con él en Ecuador. Tú vendrás con nosotros.

—¿Mi hermana también puede ir?

—Eso depende de su papá —me contestó.

Al día siguiente fui adonde mi hermana sin saber que Richard también había regresado de Brasil. Ella estaba feliz porque pensaba que íbamos a estar juntos otra vez, pero su padre le dijo que se la iba a llevar a ese país. En ese momento le pregunté:

—¿Podré ir yo también?

Richard me contestó:

—No, tú no eres mi hijo, ¿por qué debería llevarte?

No sabía qué hacer. Mi hermana y yo nos íbamos a separar; ella se marchaba a Brasil y yo, a Ecuador. No había ninguna solución así que tuvimos que aprovechar el tiempo que permanecimos juntos. Finalmente, llegó el día en el que ella se tuvo que ir. Ese momento fue muy espantoso porque sentí que me estaban quitando un pedazo de mi ser. Acompañé a mi hermana a empacar sus cosas y empezamos a hablar.

—Ya no te podré ver más —me dijo.

—Claro que nos veremos de nuevo y ese día será en el que tú y yo estaremos juntos para ayudarnos y cuidarnos.

Eso se convirtió en una promesa. En ese instante empezamos a llorar.

Antes de que subiera al bus, le di un fuerte abrazo y le dije que la extrañaría. Se le salieron las lágrimas. "Pronto nos veremos", me dijo, las puertas del transporte se cerraron. El bus arrancó y poco a poco se alejó la persona que tanto quiero, pero sé que pronto nos veremos de nuevo.

**DAVID ISRAEL GARCÍA**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Leopoldo Mercado.

# De aquí para allá

Mi vida es parecida a la de los demás pero tiene un toque especial que para mí la vuelve mejor que todas. Empezó cuando mis padres supieron que vendría al mundo. Para ellos fue una sorpresa ya que eran algo jóvenes para tener un bebé, pero jamás se rindieron al criarme.

Desde el momento en que nací fui algo hiperactivo. Me gustaba mucho jugar y moverme mucho por la casa de mis padres. Ellos me cuentan que había ocasiones en las que salía

a la calle sin que ellos lo notaran y eso se volvió una rutina ya que nunca me gustaba quedarme quieto. De bebé me gustaba mucho jugar con carros. El primer juguete que me regalaron fue una volqueta a la que yo adoraba; de hecho, dormía con ella por lo mucho que me agradaba.

El tiempo transcurrió y crecí cada vez más. Paso a paso dejaba de ser un bebé. Mis padres dicen que desde chiquito uno de los mayores gustos que tenía era comer chocolates. En una ocasión, estábamos en casa, me subí al armario para comerme a escondidas unos que eran de mi madrina. En el momento en que me pillaron intenté disimularlo todo diciendo que no había sido yo, pero por supuesto mi cara estaba manchada de chocolate.

Llegó mi primer año de vida. Ese día fue especial porque mis padres me hicieron una fiesta. Ellos me han contado que yo no me movía, lloraba demasiado y no quería nada porque me daba timidez, hasta que después todo me terminó gustando al ver niños y poder jugar con ellos.

Después de un tiempo, mis padres tomaron la dura decisión de emigrar a un país desconocido para nosotros, pero, por supuesto, pensando en un futuro mejor para mí. Ese día llegó y ya todo estaba planeado. Papá se fue seis meses antes que nosotros para poder buscar un hogar donde vivir. Durante ese periodo, mi mamá y yo supimos muy poco de él, ya que en esos tiempos la comunicación no era tan avanzada como ahora. Mi madre me ha contado que cuando papá tuvo que irse yo sufrí mucho al ver que él no llegaba todas las noches a casa después de trabajar. Ella cuenta que se le salían las lágrimas al ver como yo iba corriendo en busca de mi papá a la puerta a esperar que llegara del trabajo, pero lamentablemente él ya no estaba ahí.

Pasó el tiempo y llegó el momento de ir adonde estaba papá. Esa fue la primera vez que abordé un avión. En ese trayecto,

mi mamá se enojó mucho conmigo porque decía que era muy inquieto y que me daba mucho miedo estar en los aires. Cuando al fin llegamos fue una alegría inmensa ver a papá esperándonos. Ese día fue muy especial para mí ya que fue cuando comenzó una larga y muy importante parte de mi vida.

Con dos años de edad y en un país ajeno me resultó algo difícil acoplarme. A mis padres les costó más que a mí porque yo fui creciendo en el ambiente de allá con el mismo acento, gustos y pensamientos que los niños de ese país.

Cuando tenía la edad de ocho años llegó a casa una niña que marcó mucho la historia de mi vida. Esa niña se llama Ana Clara y fue mi mejor amiga por un tiempo. Ella era una niña muy bonita, tenía los ojos azules y era muy blanca, su mamá era de origen brasileño y supimos convivir muy bien. En el año 2010, Ana Clara decidió mudarse a otra casa. Ese día fue uno de los días más tristes de mi vida ya que con ella compartí muchas experiencias de la niñez.

La primera vez que ingresé al parvulario era muy pequeño y lloraba mucho cuando veía que mi mamá se iba, pues sabía que no la vería hasta unas horas después. Mi etapa de prekínder no fue muy llamativa que digamos, hasta que pasé a primaria. Entonces papá y mamá tuvieron que dejarme con una señora que podía cuidarme, dejarme y recogerme de la escuela al igual que a algunos niños. Ella era muy amable y lo que más me agradaba es que nos daba de comer mucho espagueti con salsa de tomate; esa comida era muy deliciosa. Pasé unos años con la señora hasta que crecí más y pude quedarme solo en casa. A los nueve años decidí que ya no iría más para allá y quise quedarme en mi hogar solo para poder ver mis dibujos preferidos, ya que ella nos tenía durmiendo la mayor parte del tiempo.

Una de las cosas que más amo en esta vida es el fútbol. Desde muy pequeño, mi papá intentó que yo me hiciera bueno para ese deporte. Por eso me inscribió en una academia del pueblo que se llama Balsicas FC. Estar allí fue una de las experiencias más bonitas de mi vida. En aquel tiempo tenía buenas oportunidades en ese deporte; a las personas les gustaba ver cómo jugaba. Les gustaba llamarme La Pulguita porque recuerdo que era el más chiquito de todos pero el más rápido con el balón. Desde la corta edad de seis años, en la academia había aprendido a amar tanto este deporte que hasta soñaba con él. Hasta que un día se me presentó la oportunidad de mi vida: un equipo importante decidió realizarme las pruebas para poder ingresar, pero desafortunadamente no pude hacerlo por decisión de mis padres.



En ese entonces seguía viviendo en el pueblo en donde crecí y me encantaba vivir ahí. Tenía los mejores amigos, se llamaban Carlos, Epi, Adrián, Javi y muchos más con los que salíamos a jugar todas las tardes en una cancha de fútbol o en un parque, en las noches. Me encantaba divertirme con mis amigos pero no me gustaba mucho la escuela. Podría decir que de pequeño nunca fui uno de los mejores estudiantes de mi aula ya que en algunos años mis notas eran buenas pero en otros pasaba con las justas. Sin embargo, fue una bonita experiencia.

Llegó el último año de primaria y con él lo más anhelado por los estudiantes: el viaje de fin de curso. Ese día sin duda fue uno de los mejores de mi vida. Nos fuimos cinco días y cuatro noches de paseo con los últimos cursos a una ciudad muy hermosa, aunque algo lejos de donde vivíamos. Fue una experiencia única ya que pudimos conocer muchas cosas, como una de las iglesias más grandes y más antiguas de allá. También visitamos uno de los mejores estadios del mundo, que pertenece a uno de los equipos más importantes de la actualidad. Continuamos paseando hasta que terminaron los cinco días.

Después de eso todo cambió ya que algunos compañeros siguieron sus estudios en distintos colegios de otras partes. Había llegado el momento de que ingresara a octavo, pero mis padres decidieron regresar para acá. Para mí el viaje no fue una sorpresa ya que lo había hecho en otras ocasiones para visitar a la familia, pero aquella vez no fue así: mis padres me habían mentido. Fue muy duro para mí enterarme de que quizás no volvería a ver a mis amigos de la niñez. Mis padres, al ver que el cambio no era fácil para mí, decidieron enviarme hacia allá en el 2013 para que me cuidara una tía, con quien pude pasar casi tres meses. El día que fui me sentía muy feliz y muy nervioso por volver a ver a mis

amigos, pero, por otra parte, también triste porque no vería a mis padres en más o menos tres meses.

Ese tiempo fue el mejor de todos, algo que quedará marcado en mi vida. Cuando llegué mis amigos me estaban esperando con una sorpresa y, cuando tuve que regresar, me organizaron una despedida que jamás olvidaré, ni a ellos ni esos momentos únicos que pude vivir, porque aunque hayan pasado cinco años de haber vuelto aún se me hace difícil adaptarme. Sin embargo, sé que aquí también me siento feliz al tener a mis mejores amigos, que me han acompañado desde octavo, a quienes no cambiaría por nada en el mundo. Sé que esa amistad no será solo del colegio sino que cuando acabe este año junto con ellos disfrutaré muchas más experiencias de las que ya he vivido.

Después de haber venido para acá mi vida no tiene muchos relatos muy interesantes que digamos, pero uno de los más importantes fue la llegada de mi hermano ya que permanecí casi trece años sin tener uno. Cuando llegó fue una alegría inmensa aunque, por otra parte, sabía que ya no sería el consentido de mis padres. En el momento en que él nació todas nuestras vidas cambiaron: había una persona nueva en la familia que cada vez siguió creciendo y convirtiéndose en un niño grande y bonito.

Y así concluyo mi breve historia. Vivo cada día como si fuera el último de todos, intento esforzarme para, en un futuro, poder llegar a cumplir mis objetivos. El camino no es nada fácil pero siempre he pensado que quien quiere algo lucha por ello. Termino mi historia a punto de graduarme junto con mis compañeros. Espero que después de este año nuestra amistad con todos ellos no quede en el olvido sino que sea recordada y, sobre todo, que la sigamos manteniendo en cualquier momento y circunstancia.




**JESSICA LISBETH YUGSI**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Canchagua.

# Mi motivación

Mi nombre es Jessica Lisbeth Yugsi Oña. Tengo diecisiete años y soy de Ecuador. Nací en Latacunga, vivo en Lasso. Mi familia se conforma de cinco personas: mi padre Juan Manuel Yugsi Pila, mi madre Gladys Ceneyda Oña Guanoquiza, mi hermano mayor Ángel Gabriel Oña Oña, mi hermano intermedio Cristian Santiago Cajas Oña y yo.

Cuando tenía seis años, mi madre y yo tuvimos que viajar a España, por el simple hecho de que mi padre trabajaba allí. Mis

hermanos, aunque aún eran menores de edad, se quedaron a cargo de mis tíos, pero ellos se cuidaban solos. Los vecinos se sorprendían al ver que eran unos chicos diferentes, que nunca salían a fiestas, porque somos cristianos.

Cuando llegué a España, fui a un colegio llamado Salvador Tuset. Todo era muy diferente para mí, porque no estaba acostumbrada a ese tipo ambiente; pero me pareció muy asombroso conocer personas de distintas nacionalidades: peruanos, colombianos, españoles, brasileños, etc.

Poco a poco, me acostumbré, aunque me costó bastante, porque mis hermanos eran indispensables para mí. Al pasar el tiempo, terminé el colegio y me fui al Instituto I. E. S. Conselleria. Conocí a personas que fueron muy importantes para mí, aunque



en este momento ya no estén conmigo. Después de nueve años, tuve que regresar a Ecuador. En verdad, no sé por qué decidí volver a mi país natal, pero en mi interior sentía que era lo mejor que podía hacer.

Llegó el día en que tenía que partir de España. Mis padres, que son lo que más quiero, estaban muy tristes y entiendo su dolor; les estaban arrebatando a su hija, a la princesa de la casa, como decían ellos. Ese día todo cambió, porque había tomado la decisión de ir a estudiar en Ecuador. Muy tristemente, me despedí de todos los que me acompañaron al aeropuerto.

Cuando llegué a mi país, pensé que era un sueño. Nunca me imaginé cómo cambiaría mi vida. Llegué al aeropuerto y ahí estaban mis hermanos, primos y tíos, esperándome con gran entusiasmo. Los sentimientos eran mutuos, pero había una parte de mí que estaba vacía, porque sabía que ya no estarían mis padres junto a mí.

Pasaron varios días y me inscribieron en la Unidad Educativa Indoamérica, situada en Canchagua (Saquisilí). Me sentía rara, porque la forma de hablar y de expresarse de los demás no era igual que la mía, pero siempre me he acostumbrado rápido. Mis compañeros fueron muy amables, porque me ayudaron a integrarme en su entorno y en las asignaturas del colegio.

Cuando finalizamos clases, mis padres me dieron una gran sorpresa: iba a ir a España de vacaciones. Me sentía la niña más dichosa, porque iba a ver a mis papás de nuevo y no por videollamada, sino en persona, y a mis amigos igual. Pasé las vacaciones ahí, lo disfruté muchísimo, pero tenía que volver a Ecuador.

Regresé con una mentalidad nueva, ya no como una niña inexperta, que no sabía por dónde caminar ni qué decir. Al llegar,

mis hermanos me abrazaron y me dieron muchos mimos. En ese momento, me puse a pensar en por qué había deseado tanto venir a Ecuador. Las clases ya no eran en el mismo colegio; fuimos a uno que había designado el gobierno: Unidad Educativa del Milenio Canchagua. Pero me alegré mucho al ver a mis compañeros y mis profesores. Para mí ya todo era normal, no me hacía falta nada.

Aunque mis padres no estaban junto a mí, mis hermanos me apoyaban y me cuidaban como si fueran mis segundos padres. Eso no significaba que mis papás no me importaran, al contrario, siempre serán fundamentales en mi vida. Entonces, estudio mucho, porque sé que trabajar es duro para ellos; ya tienen edad para descansar y estar en familia, pero aún no lo hacen por mí. Yo les quiero demostrar que todo su esfuerzo no fue en vano. Actualmente, sigo cerca de mis hermanos y mis padres están lejos, pero ellos siempre están en mis pensamientos y son mi motivación para ser mejor cada día.




**RONALD ELIAN BRIONES**
nació en Milagro, Guayas, en 2000. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Vicente Ramón Roca. Sus actividades favoritas son jugar fútbol y leer.

# El mensaje de Pepe

Pepe era el tipo de persona que, aparentemente, le encantaría ser a cualquiera. Siempre estaba bien, de buen humor y, por lo general, tenía algo positivo que decir; cuando alguien le preguntaba cómo le iba, él respondía: “Solo podría estar mejor teniendo un gemelo”.

Era un estudiante único. Tenía varios amigos que lo seguían de sitio en sitio debido a su actitud. Era un motivador natural, si un compañero tenía un mal día, Pepe estaba ahí para decirle cómo verle el lado positivo a la situación y, aunque él no era

completamente feliz, siempre trataba de alegrar a los demás sin mostrar lo que llevaba por dentro. Porque Pepe arrastraba un pasado oscuro que lo hacía llorar noche tras noche y que no lo dejaba vivir en paz, ya que nunca pudo superarlo del todo.

La tarde del 25 de diciembre en 1999, Pepe probó por primera vez algo similar a un dulce que destruiría su vida para siempre; en realidad, se trataba de heroína, una droga que le hizo experimentar cambios extremos en su comportamiento. No quiso saber nada más de su familia así que tomó la decisión de abandonarla. La vida le dio lecciones duras; sin el apoyo de sus amigos y familiares deambuló por las calles, haciendo de todo para conseguir las dosis cada vez mayores de heroína que su cuerpo le exigía. Hasta que un día lo encontraron inconsciente, tirado en el suelo, con poca ropa, muy delgado, casi irreconocible.



El joven fue trasladado a un hospital donde le salvaron la vida, pero los doctores le dieron un pésimo diagnóstico: tenía cáncer pulmonar. Desde que recibió aquella noticia decidió cambiar y rehabilitarse. En dos años logró limpiar su sangre y mantenerse alejado de las drogas. Luego, retomó sus estudios y graduarse con buenas notas, con buenos amigos y, sobre todo, marcando la diferencia.

Con el pasar del tiempo, el cáncer de Pepe empeoró cada vez más. Cuando sintió que el momento de su muerte se acercaba, pidió que se le permitiera dar un mensaje. Sus familiares y amigos se encargaron de cumplirle ese último deseo y consiguieron organizarle una conferencia en un colegio cercano a su comunidad.

El gran día llegó, la hora de la conferencia se acercaba y Pepe se mostraba muy impaciente, hasta que finalmente salió a dar su conferencia.

Lo que él dijo, entre otras cosas, fue:

La vida te da opciones.

Tú decides caminar o correr.

Tú decides ser feliz o amargado. Tú decides reír o llorar.

Tú decides vivir o morir.

Pepe falleció dos días después, pero dejó un gran mensaje para la juventud: la droga destruye tu vida de la forma más amarga. Sin importar su nombre, cocaína, heroína u otras, todas te conducen a la muerte.

**JOSUÉ DANILO LEÓN**
estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa del Milenio Nela Martínez Espinosa.

# Unos lentes rotos

Era primavera, el 2 de marzo de 1986, cuando el aroma del café negro que tanto le gustaba y que solo se daba en ese lugar llegó a la nariz de Javier, un joven de dieciséis años, buena estatura, pelo negro, cejas tupidas y bien formadas, delgado y risueño. Estaba solo en casa, era alrededor de las cuatro de la tarde, su mamá se había ido, como casi todos los días. Javier no conocía a su papá, apenas tenía una foto vieja de él. Pensó en salir a caminar, estaba aburrido, planeó realizar el trayecto de siempre: una vuelta por el centro de la ciudad y regresar a casa por el "camino peligroso", como lo

conocía comúnmente la gente de aquel lugar. A él nunca le había pasado nada, así que estaba tranquilo.

Mientras iba caminando de vuelta, vio a un señor de estatura media, con un traje negro y viejo, además de un gran sombrero oscuro, unos lentes rotos y un cigarrillo en su boca. Entonces aquel hombre le dijo tartamudeando: “Ey, joven, ¿puedes acercarte? Tengo algo muy importante que decirte”. Cuando Javier se aproximó, en un abrir y cerrar de ojos, se encontró en una habitación muy oscura y sin ventanas; también había unos zapatos manchados, aunque no se distinguía bien de qué. La puerta de aquella habitación estaba muy apolillada, por lo que Javier pudo romperla con unas patadas.

Cuando estuvo afuera encontró un pasillo muy largo con las paredes sucias y telarañas por todos lados; allí había personas muertas y ensangrentadas colgadas de sogas desde el techo. Al parecer habían sido cortadas desde el pecho hasta el ombligo para extraer algunos órganos. Siguió por el pasillo hasta llegar a una puerta que tenía un letrero de oro encima que decía: “Tylor Sanz”. En ese momento, la curiosidad era más grande que el miedo y cada minuto era una gota de sudor que recorría la frente, pasaba por las patillas y terminaba en la quijada antes de caer al suelo. Su mano temblaba, oía claramente su corazón acelerado.

Cuando abrió la puerta se encontró con el señor que lo había llamado sentado en una silla de madera; en una mesa reposaban una taza de café y un pan. En la esquina opuesta se encontraba otra silla, pero esta era muy diferente, pues era muy cómoda y, al parecer, de buena calidad. El hombre solo dijo: “Toma asiento”, y Javier se sentó. Fue así como pudo ver por primera vez sus ojos, azules claros, y notó que parecía tener la mirada perdida.

Entonces él le contó sobre una maldición de los lentes que tenía y también acerca de Tylor Sanz, el psicópata que los había

construido y que, además, traficaba órganos. Cuando Javier iba a preguntar algo sintió una mano en su hombro y una fuerte respiración que chocaba con su cuello. Cuando giró su cabeza vio a un gran señor con una cruz como colgante, con la frente calva pero cabello por los lados y una enorme daga en su mano; parecía que iba a intentar introducirla por su espalda. Rápidamente reaccionó y dio un brinco hacia la pared para evitar cualquier intento de asesinato. El hombre que estaba sentado se levantó y se apresuró a intentar atraparlo, mientras que el que tenía la daga esperaba cerca de la silla. Javier se dio cuenta de una pequeña reja que conducía a una sala e intentó salir desesperadamente por allí, mientras el hombre lo seguía muy de cerca. Cuando estaba logrando escapar, el hombre le agarró de un tobillo para que no escapara, pero Javier le dio una patada y salió.



Cuando volvió a la sala encontró a mucha gente arrodillada: se trataba de una iglesia. Todo estaba muy tranquilo y Javier se encontraba muy agitado y sorprendido, no sabía qué hacer. Sin embargo, salió de aquel lugar y llegó a la plaza más grande de la ciudad, donde se situaba aquella iglesia.

No pensó dos veces en regresar a su casa. Cuando llegó su mamá estaba preocupada y con la Policía rodeándola. Javier se puso a llorar y la abrazó, aunque no contó nada de lo que había visto, solo dijo que no recordaba nada.

Al día siguiente recibió una carta anónima, con una particularidad: tenía el dibujo de una cruz, un sombrero y una soga. Además, decía lo siguiente: "¿Son tuyos los zapatos de la habitación?".

Javier regresó a la iglesia una semana después. Como de costumbre, había mucha gente allí. Buscó el conducto por donde había escapado, pero solo encontró una pared. Al salir, halló una caja en la entrada, se sentó cerca de la iglesia y la abrió. Dentro había una foto del señor de los lentes.

Después de cuarenta y siete años de aquel suceso, Javier estaba parado en la zona peligrosa, cuando vio a un joven que pasaba por ahí y le dijo: "Ey, joven, ¿puedes acercarte? Tengo algo muy importante que decirte".




**CRISTOPHER GÓMEZ** nació en Machala, El Oro, en 2000. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Fiscal Guayaquil. Sus actividades favoritas son entonar instrumentos musicales y escuchar música.

# Una despedida sin fin

Tengo dieciséis años y han pasado ocho desde aquel momento que me dejó marcado. En ocasiones recordarlo no me permite dormir en las noches, y cada vez que lo hago me siento tan impotente como aquel día.

Tenía siete años y vivía en Italia, en la ciudad de Milano, en un pueblo llamado Paderno Dugnano. Mis padres se encontraban

muy bien acomodados económicamente, la alegría y la felicidad nunca faltaban en nuestro pequeño hogar. Vivíamos con mis tíos, con mi abuelita (yo le digo mamita de cariño y a mi abuelito le digo papito) y con mi tío-hermano Jefferson. En realidad es mi tío, pero viví toda mi infancia con él, tenemos la misma edad y siempre lo he visto como mi hermano. Siempre estábamos juntos y las personas que nos miraban nos decían que éramos mellizos. En fin, todos eran familiares de mi mamá, los de mi papá vivían en Ecuador.

Yo iba a la escuela. Todos los días, salía muy temprano de la casa, tenía que irme en tren y tomar dos autobuses para llegar hasta allá. Las clases terminaban a las cuatro o cinco. No recuerdo a qué hora exactamente, pero era tarde respecto a los horarios de aquí en Ecuador. La mayoría de las ocasiones Jefferson y yo éramos los últimos en irnos y jugábamos por toda la escuela hasta que mi mamá o mi papá nos fueran a ver para irnos a la casa.

Una noche, mi papá estaba terminando de hablar con su mamá, que se encontraba en Ecuador. Luego de esa llamada, mis padres y yo nos sentamos a conversar en la cama y mi papá comenzó a decir que extrañaba a su familia, que quería regresar a Ecuador y poder estar con todos ellos. Entonces me preguntó si yo quería ir. Era muy pequeño y lograron convencerme fácilmente. Acepté con mucha alegría, mi mamá también aceptó y así fue como todo se arregló para que nos pudiéramos ir.

Cuando mis abuelitos y mis tíos supieron de la noticia se pusieron muy felices, Jefferson también. Ninguno de los dos se puso a pensar en qué pasaría, solo nos dedicamos a jugar y divertirnos como siempre lo hacíamos, disfrutando cada día y segundo que nos quedaba para estar juntos. No voy a negar que los últimos meses fueron los mejores, nos divertimos como nunca. Mis padres comenzaron a arreglar las maletas para cuando nos



tuviésemos que ir. Poco a poco los armarios fueron quedando vacíos, solo con la ropa de Jefferson, mientras la mía fue a las maletas. Los juguetes fueron disminuyendo, la casa comenzó a quedarse medio vacía. Todo entró en unas cuantas maletas, solo los recuerdos quedaron en la memoria.

Llegó el día de la despedida. No viajaríamos en avión directamente, sino que primero iríamos en un bus a España y desde allí tomaríamos el avión para ir a Ecuador. Nos trepamos todos en los carros y nos fuimos al terminal para tomar el bus. Cada kilómetro que recorríamos hacia allá estaba lleno de nervios y, a la vez, de una gran alegría. Íbamos a comenzar una nueva vida, desde cero. Nos reíamos y comenzamos a recordar todo lo que habíamos pasado, los momentos felices y divertidos.

Llegamos al terminal y compramos los boletos. Los nervios aumentaban cada vez más. Ya no sabía si en realidad me quería ir, no podía dejar de ver a mis familiares y recordar todo lo que habíamos pasado juntos e iba a dejar atrás; no quería dejarlos, pero tampoco me podía quedar. El momento de la despedida llegó, el bus ya iba a partir, los abrazos y las lágrimas no se dejaron esperar. Yo me empecé a despedir de cada uno de los presentes. Me acuerdo con claridad que le di un fuerte abrazo a mi hermano, no pude evitar dejar caer una lágrima y desearle toda la suerte del mundo. La situación empezó a hacerse más dura con el pasar de los segundos.

Subimos al transporte y nos acomodamos en los últimos asientos, el bus comenzó a partir. Yo saqué mi cabeza por la ventana para despedirme y Jefferson empezó a correr desesperadamente detrás del bus, gritando: "¡No se vayan!". Con lágrimas en el rostro seguía corriendo y gritando: "¡Por favor, no se vayan!". Yo lo vi y estiré mis brazos para tratar, en un intento inútil, de agarrar fuertemente sus manos, pero no logré hacer nada. No pude dejar de llorar y me sentí muy inútil. Por un momento, pensé que era un pésimo hermano. Sentía cómo mi interior se iba destrozando mientras el bus se alejaba cada vez más y Jefferson quedaba arrodillado en la calle llorando, suplicando que no nos fuéramos. Ese recuerdo de gran tristeza dejó marcados mi mente y mi corazón; por las noches pienso en esos momentos y no puedo hacer nada.

Hoy en día sigo estirando las manos para atrapar a mi hermano, pero nunca lo alcanzo, siempre lo dejo solo.

**REBECA ORTIZ**
nació en Esmeraldas, Esmeraldas, en 1963. Trabaja en la Unidad Educativa Atahualpa. Su actividad favorita es la lectura.

# Historia de un adicto

Mi familia estaba conformada por tres varones y dos mujeres. Con tan solo cinco años yo ya conocía lo malo de la vida. Mi padre llegaba borracho de madrugada y agredía a mi madre. Lastimosamente, eso sucedía todos los días. Ellos pasaron así durante años hasta que mi padre la abandonó. Tuvimos que ir a vivir al lado de mi abuelita. Me empecé a llenar de odio y rencor hacia mis padres y creo que por intentar castigarlos comencé a robar para comprar cigarrillos.

Cuando cumplí ocho años nos mudamos a vivir a Atacames. Comencé a reunirme con personas mayores que hablaban de temas que me llamaban la atención. Por cosas del destino me enteré de que mi padre era un drogadicto. Eso me provocó una gran decepción y me puse a llorar, no podía creer que él fuera esa clase de gente. Eso explicaba por qué mi madre me había prohibido que me le acercara. A pesar de eso, él me buscaba y me llevaba donde su familia. Tuve otra desilusión al enterarme de que ellos eran narcotraficantes, todos estaban involucrados en eso.

Después de un tiempo, mi padre me llevó a vivir con ellos por dos meses. Allí conocí a personas del bajo mundo. Con tan solo nueve años ya sabía fumar cigarrillos y tomar licor, llegaba de madrugada a la casa, frecuentaba lugares muy malos, me iba a bailar y tenía pensamientos de adulto. Estaba totalmente cambiado, mi vida ya no era la misma. Mi madre lloraba al ver que me estaba perdiendo. A tan corta edad yo ya estaba en una pandilla liderada por mi tía. Por esa época comencé a desear algo. Estaba sumido en la depresión y sentía que necesitaba consumir algo más fuerte que cigarrillos y licor.

Una noche salí y me encontré con dos amigos que me invitaron a fumar. Yo pensé que solo eran cigarrillos pero ellos habían agregado un polvo blanco. Me di cuenta de que eso era lo que vendía mi papá. Pero no me importó nada, ellos prendieron uno y fumar eso se volvió una costumbre, cada día quería más.

Cuando entré al colegio, a los once años, yo ya era un completo drogadicto, usaba armas, me volví agresivo, desobediente, era un chico insoportable. Me encontraron fumando y desde entonces quise cambiarme de colegio pero no me ayudaron con los papeles. Entonces me convertí en lo peor porque llevaba droga para vender a mis compañeros, era el distribuidor.



Mi madre se vio obligada a buscar un centro de rehabilitación y me internaron por tres meses. Salí con más rabia y rencor, es decir, una persona más dañada. Mi mamá sufría al ver mi comportamiento. Al poco tiempo me cogieron preso por siete meses por haber agredido a un compañero. Por eso dejé de estudiar y el consumo de drogas se volvió más constante. Me dediqué a robar para poder comprar más y andaba con malas personas. Incluso llegué a portarme violento con mi hermana.

Un día llegó un predicador a mi casa y le pregunté:

—Si Dios existe, ¿por qué hago tanto daño sin parar?

Y él me contestó:

—Todo tiene un propósito y algún día te has de arrepentir.

Entonces lloré desconsoladamente de impotencia porque no lograba ser un poco más fuerte de carácter para poder decir no. Creo que no estaba enfocado en la realidad, no sabía en qué me estaba convirtiendo, consumía sin cesar toda clase de drogas. Llegué al punto de sembrar marihuana en mi casa para mi consumo.

Un día me puse a llorar a solas y decidí cambiar de vida. Paré por un tiempo pero la droga es un vicio y, si no se tiene la ayuda de profesionales, se vuelve a él. A pesar de mis esfuerzos, caí de nuevo en las garras de ese maldito vicio, la gente me despreciaba. Este problema no me dejó crecer como ser humano.

A pesar de mis recaídas, retomé mis estudios por un año. Sin embargo, no pude dejar de consumir. Me encontraban en la calle como un vagabundo y robaba para comprar más drogas.

Para nuestra fortuna, en el camino todos siempre encontramos a esos ángeles mandados por Dios; en este caso ellos fueron mis profesores, quienes me ayudaron a buscar psicólogos profesionales que me han rehabilitado con terapias. Ahora puedo dar mi testimonio de vida.

**NAYELI DANIELA TAMAYO**
nació en Joya de los Sachas, Orellana, en 2001. Estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Agoyán. Su actividad favorita es escribir.

# Diario de una adolescente

El sentimiento del amor llegó a mí cuando tenía quince años: me enamoré de un chico. Adolescente como yo, no se complicaba la vida con relaciones formales. Él fue mi primera ilusión, de esas a las que les entregas todo, porque te tratan bien y te hacen sentir especial. Pero ese sería el inicio de muchos episodios, tristes y felices a la vez, que suelen ocurrir dentro de las familias y que

nos hacen sentir vulnerables y sensibles. Gracias a lo que sucedió comprendí que si bien Dios no le da a nadie más de lo que puede soportar, de todas formas nos hace sufrir.

La historia que marcó mi vida empieza así:

**Miércoles 4 de enero de 2016**

En la mañana hice mis tareas, que por cierto eran algo extensas. En la tarde fui al colegio y llegué atrasada a las clases de Emprendimiento. Eso me valió un reporte y tener que recoger la basura del colegio. Me retrasé porque antes había ido con Diego y Jennifer a buscar respuesta a una inquietud que iba a cambiar el rumbo de mi vida por completo.



He dejado de ser la niña divertida, medio traviesa, y he empezado a estar más callada, me aburro de todo y lloro por nada. A la salida del colegio, sentí ganas de ir a casa y no quedarme con mis amigas como siempre lo he hecho. La cena, el celular, mi madre, mi hermana, nada tenía sentido. A la hora de dormir, fui a mi habitación con un "Buenas noches, mamá". Ahí, en la intimidad de mi dormitorio, lloré hasta quedarme dormida.

**Jueves 5 de enero de 2016**

Empezó un nuevo día pero el desaliento fue el mismo. A las 9:00 a. m., me levanté, arreglé mi habitación e hice el desayuno. Como de costumbre, empecé a hacer mis tareas, pero me seguía sintiendo rara, incluso estando en mi propia casa. Mis pensamientos han cambiado, ya no soy la misma niña, ya no me siento así. He tomado conciencia de mi propio cuerpo y sé que pronto va a cambiar. Me he dado cuenta de ello mientras tomaba una ducha. Fui al colegio y no encontré nada interesante. Las clases eran las mismas y, para rematar, empezábamos con Física. Al igual que ayer, me sigo sintiendo rara. Trato de reponerme de mis pensamientos e imagino que el amor de adolescente tiene mucha fuerza, es tan fuerte como mi inocencia.

Recién ahora entiendo que el amor de la adolescencia no es un juego como nos lo explican nuestros padres; para mí fue la primera vez que se abrió mi corazón. Además, entendí que después de enamorarse y darlo todo al final se puede encontrar una traición. Ahora es muy tarde y me estoy desvelando mucho, como en otras eternas noches de llanto y arrepentimiento. Sé que eso no va a cambiar lo que pasó. Tengo que madrugar, pero no puedo dormir, quiero olvidarlo todo, pero no hago más que llorar

hasta que me agarre el sueño; creo que la mejor forma de olvidarse de los problemas es quedarme dormida y no despertar más.

**Sábado 7 de enero de 2016**

Un nuevo día y mi estado de ánimo no mejora. Hoy me encontré con él, con mi gran amor de adolescente y el causante de mi llanto. El día que me hicieron el reporte en el colegio me enteré de que estaba embarazada. Se lo dije a él y su respuesta inmediata fue que debía abortar. Quedamos en encontrarnos ese sábado para "salir de problemas" antes de que nuestros padres se enteraran acerca del bebé. Cuando salí de casa me sentí rara, escuchaba voces en mi cabeza diciéndome que no cometiera un error más. Tomamos un autobús y nos fuimos a Lago Agrio. Mi miedo era evidente y él trataba de tranquilizarme, decía que eso era lo mejor para los dos. Llegamos, el consultorio estaba lleno. Cuando nos tocó el turno la doctora nos preguntó si queríamos deshacernos del bebé. Él dijo que sí; yo me quedé callada, luego dije que no y me fui de ahí.

Al llegar a casa, mamá notó mi nerviosismo y yo opté por contarle la verdad. El mundo se vino abajo para todos. Me sentía mal por haberles fallado, pero ella entendió mi angustia y me hizo comprender que ese niño será una bendición de Dios y que ella no me va a dejar sola.

**Lunes 9 de enero de 2016**

Hoy, cuando llegué al colegio, me contaron que alguien me buscaba afuera, era el padre de mi bebé. Quería recriminarme por la "absurda" decisión que tomé al no perder a mi hijo y decirme que con esa actitud había dañado su vida, su futuro, me echó la culpa de todo a mí. Ahí fue cuando me di cuenta de que nunca le importé; que nunca me amó, como él solía decirme, que solo

eran mentiras que me decía para enamorarme; que solo quería complacer sus instintos de hombre, bueno, ni de hombre, sino de un chico inmaduro que no sabe lo que hace; y que si había estado conmigo solo era por juego. Dolió reconocerlo pero me tocó aceptar que esa era la verdad. Pero sus palabras me sirvieron para saber que la decisión que tomé fue la correcta y que tener un angelito en mi vientre me ha devuelto las ganas de vivir, de abrir las alas para encontrar libertad y luchar.

**Martes 10 de enero de 2016**

Este día mi padre me dedicó una canción. Fue algo que me llegó al corazón, porque a pesar de que siento que le fallé, sé que él está ahí conmigo, apoyándome, protegiéndome. La canción se llama *Princesas mágicas*, de Jesús Adrián Romero, y en una de sus estrofas dice: "Qué bonito es darte cuenta de que nada puede hacerte mayor daño del que tú le dejes y que tú eres la única persona capaz de hacerte feliz. Qué bonito es comprender que todos los malos momentos pasan y que nada merece una lágrima tuya". Al escucharla, sentí mayores deseos de seguir adelante con mis proyectos, de ser una gran profesional.

**Sábado 14 de enero de 2016**

Cuando salía de casa para ir al campo de acción, unos amigos me recriminaron por lo que había decidido. Yo solo les contesté que necesitaba que me apoyaran y no que me juzgaran por lo sucedido.

Después de terminar con la jornada del campo regresé a casa, exhausta. Pasé toda la tarde con mi hermana y mi madre viendo películas. Fue hermoso estar a su lado, sentir el cariño de mis grandes amores, sentir que ellas estarán ahí para mí.

**Domingo 15 de enero de 2016**

Mi vida va mejorando. El tiempo ha borrado todo en mi corazón, cada recuerdo que dejó el desamor, porque ahora creo ciegamente en mí. Sé que hay un angelito creciendo en mi vientre y no quiero que nadie destruya mi fe. Con el pasar del tiempo los días mejoran, todo está en calma, sereno; ya no hay tristeza, sino felicidad.

**Viernes 21 de diciembre de 2017**

Ahora tengo a mi hija entre mis brazos y le agradezco a Dios por todo lo que me ha dado, incluso por las situaciones que una vez parecieron incomprensibles y dolorosas, pero que con el tiempo se han convertido en la fortaleza que nos da la energía para seguir mirando hacia el futuro con esperanza, amor y alegría.

Ella, mi pequeño ser, ha traído felicidad a nuestras vidas y no hay palabras para describir el amor que siente una madre hasta que te toca vivirlo y sentirlo. Definitivamente, tener a mi bebé fue la mejor decisión que he tomado hasta ahora en mi vida.




**NAYELI LIZBETH CARRILLO**
nació en Ambato, Tungurahua, en 1999. Estudia en segundo año de Bachillerato de la Unidad Educativa Juan de Velasco. Sus actividades favoritas son leer y bailar.

# Infancia y adolescencia de Liz

Liz nació el 30 de junio de 1999, es hija de una madre soltera, quien tuvo dos niños más, Santiago y Alonso. La pequeña vivía con su mamá y con el papá de sus hermanastros en una ciudad muy bonita, turística, tranquila y, sobre todo, acogedora.

A la edad de cuatro años, Liz decidió irse a vivir con su abuelita. Ella la cuidaba mucho, la protegía y no permitía que le

hicieran daño. La muchacha no era malcriada, pero sí un poquito consentida. No hacía nada en casa, aparte de sus tareas escolares.

Cuando cumplió once años volvió a ver a su madre, que estaba muy enferma. Ella la iba a ver a su escuelita, le daba dinero e intentó ganarse el corazón de Liz, hasta que finalmente lo logró. Entonces la muchacha habló con su abuelita y le dijo que quería irse a vivir con su mamá. La mujer se puso muy triste y le dijo: "Si tú tomas esa decisión, no quiero que vuelvas después".

Después de que acabó el año escolar, la niña se fue a vivir con su madre. Para entonces ella tenía otro compromiso con un hombre llamado Darío, que tenía un grupo de baile. Cuando Liz preguntó por sus hermanos, su madre le respondió: "Les tuve que mandar con su padre porque me enfermé, tuve un paro respiratorio, tenía neumonía y eso era contagioso. Decidí contratar a un abogado y, con un documento, le di mis hijos a su padre para que ellos se encontraran bien hasta que yo me recuperara. Luego quise traerlos de vuelta pero ya no quieren regresar conmigo. Ahora solo te tengo a ti, hija mía".

En su último año escolar, al inicio Liz obtuvo muy buenas calificaciones, a pesar de que vivir con su madre no resultó como se había imaginado. Darío golpeaba a su mamá, a veces no tenían qué comer y la niña debía tomar el bus para dirigirse a su escuelita, pero no había dinero para el pasaje. Entonces ella madrugaba e iba caminando. Luego, para volver, pedía prestado a sus compañeros y a cambio les hacía sus tareas; el pago eran veinte centavos. Con el tiempo Liz empezó a tener malas calificaciones, veía muchos pleitos en casa, no se sentía a gusto y lloraba por las noches. No sabía cómo ayudar a su madre, verla sufrir y no poder hacer nada era lo que más le dolía, pero la pequeña sabía que ella era la fortaleza de su madre.

La niña asistía a un grupo de danza, le encantaba bailar y cantar, su madre también bailaba. Un día, después de que se acabaran los repasos, su mamá le dijo:

—Liz, tenemos que hablar.

—¡Claro, mami, dígame!

—Vas a tener un hermanito.

Esa noticia les causó mucha felicidad, pero también tristeza, porque la madre no tenía dinero para nada y el bebé iba a pasar necesidades. Liz, al fin y al cabo, estaba grande, si no había qué comer, ella podía soportarlo, pero con el pequeño no se podía hacer eso.

El tiempo pasó, los estragos del embarazo eran muy frecuentes, Darío se fue de gira y ellas se quedaron solas en casa. Justo en esa época hubo saqueos, así que no podían salir, pasaban encerradas. La comida se fue acabando, a lo que sobrevivieron tomando chocolate en agua en el desayuno, el almuerzo y la merienda. Un día Darío volvió, pero sin dinero, porque le había ido mal en la gira, así que siguieron comiendo chocolate en agua y papas con achiote.

Su madre finalmente dio a luz. Hubo complicaciones porque el bebé era muy grande y debía haber nacido por cesárea pero lo atendieron como si se tratara de un parto normal. La madre y el niño casi se mueren, pero gracias a las súplicas de la pequeña todo salió bien. Le pusieron el nombre de Alexander. Su madre pasaba en cama, mientras Liz cuidaba del pequeño. Era un poco difícil porque ella tenía que madrugar para ir a su colegio, el bebé lloraba a cada rato, la niña se levantaba a darle el biberón y luego se iba desvelada y cansada. A veces ni siquiera asistía a clases porque se quedaba dormida debido a la responsabilidad tan grande de

cuidar a un bebé. Para tener dinero, continuaba realizando las tareas de sus compañeros y cuando le mandaban para la colación no se gastaba nada; sus ahorros los utilizaba para comprar pañales o para lo que necesitara su hermanito.

Un día Darío y el grupo se fueron a hacer una presentación, y Liz fue con ellos. Luego del *show*, él se puso a beber, mientras Liz fue a la buseta a descansar. Ahí se encontraba un bailarín. Cuando Darío entró, sacó al chico y Liz, enojada, empezó a insultarlo. Fueron a casa y su madre la golpeó hasta que no pudo mover los brazos. Sin embargo, a pesar del dolor, tuvo que llevar a dormir al bebé. No disculpó a su madre por eso, pero no tenía de otra. Se decía: “Perdonar no es olvidar, es recordar sin rencor”, para tranquilizarse.



Cuando Liz cumplió los doce años, contrataron a Darío para que le enseñara una coreografía a una quinceañera, así que todos se tuvieron que trasladar los fines de semana a un pueblito para las clases. Liz también iba a bailar. El día del evento llegó y todo se dio tal como se había preparado: el baile de la quinceañera y la comida. La madre de Liz y Darío estaban bebiendo, ya estaban mal. Mientras tanto, la niña se encargaba del bebé. Ellos empezaron a discutir, entonces Darío quiso irse y le arranchó el pequeño a Liz. La niña no sabía qué hacer. Se lo dijo a su madre, pero ella estaba mal, así que, con lágrimas en los ojos, fue a intentar quitárselo a Darío. Él le pegó, Liz solo quería a su hermanito. Después, cansado de que lo molestara, le entregó al bebé y ella fue donde su madre.

Entonces un señor le dijo a la mamá de Liz que les invitaba a comer en el centro de ese pueblo, para que le pasara un poco la borrachera. Comieron, compraron avena para el bebé y regresaron al lugar donde era la fiesta. La dueña de casa les dio un cuarto para que se acomodaran, así que se acostaron: su madre contra la pared, el bebé en el medio y Liz al filo de la cama. El señor que les había invitado a comer entró al cuarto y se acostó al lado de la niña. Ella estaba nerviosa, no podía dormir. Ese hombre empezó a manosearla mientras la pequeña le decía que no la tocara, pero él, que era policía, la amenazó diciéndole que si ella no cedía, podía matar a su madre, al bebé y a ella, e incluso sacó un arma. Ella no pudo hacer nada y él abusó de la pequeña. Como su mamá estaba ebria, no se enteró de lo que sucedía. Luego de ser violada, la niña se vistió y se fue a sentar en el piso. No podía dormir por el miedo de que ese señor le hiciera algo a su hermanito o a su madre. Liz tenía mucho frío pero ya no quería acercarse a ese señor.

Al día siguiente, la pequeña le contó lo sucedido a su madre, pero ella dijo: “Él es policía y sería nuestra palabra contra la de él”, y no hizo nada. Liz se sintió muy mal al saber que no podría

hacerse justicia y pidió mucho a Dios que pudiera olvidarse de ese mal momento. Después de eso, Liz hizo todo lo posible para contactarse con su abuelita, le pidió ayuda y ella la apoyó. Lograron que su madre se separase de Darío y fueron a vivir en la ciudad donde residían antes. Ahí la niña fue muy feliz, siempre junto a su madre, a quien nunca abandonó.

Ahora vive en una ciudad demasiado grande para ella, junto a su mamá y su hermanito. A pesar de las adversidades, son muy felices, aunque sus otros hermanos no vivan con ellos; Liz los va a visitar todos los fines de semana. Su única fortaleza ha sido Dios. Ella siempre ha orado: "Dios nos da la cruz que podemos cargar".

Al mal tiempo buena cara, así es como, día a día, Liz intenta salir adelante con o sin ayuda. Ella no guarda rencor a nadie porque en la vida todo pasa por algo, solo quiere hacer felices a las personas que la rodean. Lo único que ella pide a Dios es que, si en algún momento pierde las esperanzas, Él la ayude a recordar que sus planes son mejores que los de ella. Liz vive dichosa, disfruta de la vida porque tiene a su madre y a su hermano, y siempre pone en práctica el pensamiento: "El que no sirve para servir, no sirve para vivir", con la convicción de que nada ni nadie volverá a dañar su vida.




**ANTHONY CASTRO** nació en Machala, El Oro, en 2002. Estudia en primer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Siete de Noviembre. Su actividad favorita es leer.

# El día que no olvidaré

Me llamo Anthony Javier Castro Agurto, pero todos me dicen “Castro”. Tengo quince años, pero mi historia comienza a los nueve. En ese entonces, estudiaba en la Escuela 12 de Octubre. Era un niño fantasma, porque a nadie le importaba ni tampoco me notaban.

Yo siempre madrugaba los primeros días de clases, porque quería coger el puesto que estaba al frente de la licenciada. Mi única amiga era mi profesora. En la hora de recreo nunca salía a comprar, porque me hacían *bullying*. Pero, un día a la salida, llegaron dos bravucones y comenzaron a pegarme; yo no hice nada, porque era muy débil, pero alguien llegó y gritó:

—¡Déjalo a Castro tranquilo, métete con alguien de tu misma fuerza!

Él era Vicente, un compañero de clase que se sentaba detrás de mí. Yo no sabía qué hacer, vi cómo me defendió y los bravucones se fueron, pero quedé muy lastimado.

—Estás bien, no estás herido, debes tener más cuidado de con quién te metes —me dijo.

—Estoy bien, ellos vinieron y comenzaron a pegarme, por ser una basura…

—Nadie es una basura, todos somos diferentes y eso nos hace únicos —me respondió.

Vicente me llevó a mi casa y le contó a mi mamá lo que había pasado. Se quedó un buen rato y luego se marchó a su casa. Después de un momento, mi padre se me acercó y me dijo llorando, pero al mismo tiempo enojado:

—Te voy a enseñar a protegerte de los bravucones.

—Ok, papi —le respondí, pero estaba asustado.

Me enseñó a pelear, pero no comprendía cómo defenderme. Un día, mi padre y yo tuvimos una pelea hasta no poder más. Comenzó muy mal, porque me estaba dando una paliza; en un momento, me enojé y, al tiempo, perdí la conciencia. Cuando me levanté, vi a mi padre en el suelo junto a mí y me contó lo que había pasado, pero yo no lo creía.

—Hijo, tú tienes doble cara… Cuando te enojas, en serio, pareces un asesino, ¡no pude ver ninguno de tus golpes!

Después de un tiempo, todo estuvo bien, porque nadie me hacía *bullying* y me hice mejor amigo de Vicente. Un día, me invitó a jugar básquet para celebrar el último día de clases. Yo no sabía jugar, pero él me dijo que me iba a enseñar. Cuando llegamos a la cancha, me explicó las reglas y nos pusimos a jugar, uno contra uno. Vicente me ganó, porque no sabía cómo moverme. Descansamos y, cuando ya nos íbamos, llegó alguien en una moto, se bajó, sacó un pañuelo y me lo puso en la cara. No sabía qué era eso, pero me dejó el cuerpo inmóvil. Llegó Vicente y golpeó al ladrón, quien enojado sacó una pistola, le disparó y le atravesó el estómago. Mi amigo se desplomó al paso y yo grité furioso:



—¡Vicente, no te vayas!

—¿Cómo hablaste si debes estar inmóvil? —me dijo el ladrón muy intrigado.

Pero mi cuerpo no se podía mover. El ladrón se acercó lentamente a Vicente y yo me intenté levantar, pero no pude. De pronto, estaba apuntándole en la cabeza. Yo estaba muy asustado, no sabía qué hacer, pero mi cuerpo se levantó solo, le cogió la mano para hacer que apunte a otra parte:

—¡Lo querías matar, al único amigo que tengo! Vas a pagar caro. Después de esto, no vas a volver a hacerlo —le dije enojado.

—¡Guau, niño, pudiste moverte! Pero no por mucho tiempo… Me amenazas y no huyes —dijo con odio.

En ese momento, recordé lo que dijo mi padre, que cuando me enojaba, podía con cualquiera.

—Vas a morir, tu amigo, tu familia, tus seres queridos, van a morir todos a los que les importas —me dijo el ladrón.

—No va a morir nadie, porque el único al que le importo está atrás de mí.

Ese rato perdí la conciencia. Me levanté en el hospital y no podía mover ninguna parte de mi cuerpo. No sabía qué pasaba y le pregunté al médico.

—Doctor, ¿qué pasa?

—Ya despertaste, ¿te acuerdas de lo que pasó?

Entonces, le conté la historia del asalto a él y a un policía.

—¿Cómo está mi amigo? —pregunté después de un rato.

—Él está bien, ya despertó.

Lo fueron a ver para que cuente lo que yo no recordaba, porque él había permanecido consciente.

—Oficial, él no es culpable de haber matado al ladrón, fue por defenderme —le dijo con toda sinceridad.

—¿Quééé? ¿Yo maté al ladrón? ¿Cómo pasó eso?

Vicente comenzó a contar:

—Hubo un momento en el que se quedó quieto y cayó al suelo, pero se levantó con una energía para matar, tenía los ojos rojos. De pronto, vi que se le acercó y el ladrón asustado le disparó, pero él esquivó la bala, como si nada. Le dio un solo golpe en la barriga y el delincuente sacó una navaja y le pasó rozando un dedo. Pero él le cogió la mano, le quitó la navaja y le atravesó el pecho.

El policía, impactado, no sabía qué decir y yo, asombrado por lo que acababa de decir Vicente, no sabía si creerlo o no. Después de un rato, llegó mi familia y me llevaron a casa, pero antes el policía les había contado todo. Después, me recuperé, dejé el enojo a un lado y comencé a ser un niño como cualquiera. Mi amigo también se recuperó y juntos fuimos al funeral del ladrón. Nunca olvidaré esta parte de mi historia.

**MAYRA ALEXANDRA YÁNEZ**
estudia en tercer año de Bachillerato de la Unidad Educativa Particular La Providencia.

# El tiempo de la felicidad que se perdió

Soy María Paz, estudiante de secundaria, hija única de padres divorciados, y deseo compartir lo que pienso sobre esta realidad.

Cuando era una niña pequeña, mis papás pensaban que por mi edad no me daba cuenta de las cosas, que no me inquietaba,

que no me angustiaba. Cuán equivocados estaban… No atestigüé altercados entre ellos, pero seguramente existieron. Mucho antes de que se separaran, percibí la ausencia de alegría y cariño entre ambos. Cuando estaban juntos se respiraba un indefinible aire enrarecido.

Debido a esta situación yo sentía cierta culpa, producto de la típica lógica infantil. Pensaba: "Si ellos están mal, yo también". Estaba segura de que todos sus malentendidos se debían a mi existencia.

En aquel entonces fingía estar distraída, jugando, pero lo único que pasaba por mi cabeza era: "¿Por qué no está papá con nosotras?". Le repetía un millón de veces esta pregunta a mamá. Mi papá me había prometido que económicamente jamás me faltaría nada, pero ¿de qué me servía obtener todo el dinero del mundo cuando no tenía sus abrazos? Fue así como me convertí en un ser al que había que darle, no afecto, sino recursos materiales para que saliera adelante.

Dividía mi tiempo entre los dos; ambos tenían los medios suficientes y me convirtieron en una niña mimada y exigente. Trataban de controlar mis estados de ánimo dándome cosas, para luego entregarme al otro con un frío beso y la mueca de una sonrisa. Yo seguía sin entender qué pasaba realmente.

Por las noches, oraba muchísimo, le pedía al Señor poder tenerlos juntos de nuevo y estar envuelta en sus abrazos, pero era un deseo inalcanzable… tan imposible que hasta el día de hoy Él no me lo ha concedido.



Fue así que como la palabra *divorcio* pasó a formar parte de mi mundo. A medida que fui creciendo, se me involucró más y más en la triste realidad y los problemas de dos adultos. En medio de ellos desecharon lo más importante para mí: nuestra familia. Y, si yo era parte de ella, ¿dónde quedaba?

Me apenaba cuando se me preguntaba sobre mi familia y salía del apuro con una mentira. Sentía envidia de quienes estaban protegidos por un sólido matrimonio, un beso de papá al acostarse, un cuento en el que los personajes principales fuesen ellos, un paseo en familia al parque o al cine… pequeños placeres que la vida no supo darme.

También sentía mucho coraje cuando veía películas donde se presentaba al divorcio como algo inevitable, natural y gracioso,

o donde había familias felices. Llegaba a tener envidia y celos porque esa era exactamente la alegría que no poseía.

Hice amigos que vivían la misma situación, pero parecía no afectarles en nada. Eso es algo que jamás llegué a entender, porque los padres son los pilares fundamentales del hogar.

Mis papás volvieron a contraer matrimonio con otras personas y formaron nuevas familias. Como seguían turnándose para verme, primero conocí a una madrastra, tiempo después a un padrastro y medios hermanos aquí y allá. Yo era un comodín que nunca se sintió a gusto, como si fuera un error.

Continué creciendo y hoy ya casi termino el colegio. No he logrado olvidar ciertas cosas que marcaron mi niñez, pero he aprendido a sobrellevarlas. Aunque padecí por mi soledad, en las fotos de los más importantes acontecimientos académicos y sociales de mi vida, mis padres aparecen siempre juntos y sonrientes, aparentando ser todavía una familia.

La mía es una de tantas historias en donde el divorcio no parece ser tan malo, pero no es así para quien sabe lo que queda en el corazón. No es mi deseo juzgar a mis padres, pero estoy consciente de que lo que viví es y será la gran injusticia de mi vida.

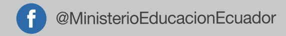
Atrás quedó el tiempo en que me esforzaba para que mi situación no me importara, cuando me decía a mí misma que "lo tenía todo", cuando sabía que me hacía falta lo más importante. Muchas veces escuché que el divorcio era la opción para quienes necesitan rehacer sus vidas sentimentalmente, "un logro de madurez sobre la libertad humana", y llegué a considerarla como una posibilidad. Finalmente no logré convencerme de eso pero decidí enfrentar esa realidad desde mi propia experiencia, aunque

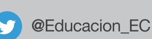
si de mí hubiese dependido, jamás habría escogido vivir y crecer en un entorno así, y obviamente no deseo que le pase a nadie.

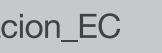
Doy muchas gracias a Dios porque, aunque no tengo a mis padres de la manera en que quisiera, aún están a mi lado, enseñándome las cosas que la vida tiene preparada para mí. Estoy segura de que con el transcurrir de los días, meses y años, seguiré aprendiendo de los errores que ellos cometieron, para así evitar que mis hijos pasen por lo que yo viví.




En este libro se ven reflejados algunos problemas que aquejan a nuestra sociedad: el alcoholismo, la violencia intrafamiliar, la delincuencia, el *bullying*, la discriminación, entre otros. Esperamos que al leer estas historias, recapacitemos y seamos capaces de generar cambios positivos en nuestro entorno.










/Educacionecuador






**Dirección:** Av. Amazonas N34-451 y Atahualpa Quito-Ecuador
**Teléfono:** 593-2-396-1300 / 1400 / 1500 **Código Postal:** 170507
**www.educacion.gob.ec**